

Capítulo uno

Cuando llegaron a los límites del bosque más allá de Hinerion, Gerin vio las olas de calor que se alzaban de los matorrales que tenían delante, y supo que había llegado el momento de la verdad.

Vivir o morir, aquélla era su última oportunidad.

—Vamos a asarnos ahí fuera —dijo a los demás hombres encadenados aquella noche, cuando estaban sentados y esperando a que les dieran de comer—. ¿Habéis oído lo que decían los capataces? Por lo menos faltan otras seis semanas hasta Yhelteth, siempre hacia el sur, con más calor a cada paso. ¿Creéis que esos cabrones van a darnos más comida y agua que las que estamos recibiendo ya?

—Claro que sí, idiota. —Tigeth, con su solemne palidez de urbanita, y al parecer demasiado perezoso como para desear su libertad a cualquier precio, resopló, olfateó y se sonó la nariz con los dedos. Como la mitad de los hombres de la cuerda de esclavos, se estaba resfriando. Se limpió la mucosidad contra el suelo y dirigió una mirada furiosa a Gerin—. ¿No lo entiendes? Tienen que vendernos cuando lleguemos a Yhelteth. ¿Cómo van a hacerlo si morimos por el camino, o si estamos en los huesos cuando lleguemos allí? Tal vez eres demasiado joven o estúpido para darte cuenta, pies de ciénaga, pero esto es comercio. No tenemos ningún valor muertos.

Pies de ciénaga.

En algunos barrios de Trelayne, aquél era un insulto suficiente para provocar un desafío formal al instante y un duelo en el Campo de Brillin al amanecer. En otros lugares, simplemente merecería ser apuñalado y arrojado al río. Como en todas las cuestiones de la ciudad, muchas cosas se daban por sentadas, pero la riqueza y el estatus social definían los detalles para cada uno. Y ya fuera en la parte alta o en la parte baja del río, en los Claros o en las barracas del puerto, aquélla era una verdad común: nadie en la ciudad de Trelayne dejaría pasar fácilmente la insinuación de tener sangre de morador de los pantanos.

Gerin había crecido en los pantanos y no habría vivido en la ciudad ni a cambio de dinero. Dejó pasar el epíteto, igual que había visto a su familia tolerarlo desde que tenía uso de razón.

Hay demasiado en juego ahora mismo.

—¿Has visto alguna vez las traineras regresar al puerto, Tigeth? —preguntó con voz tranquila—. ¿Acaso crees que todos los peces de la red llegan al mercado?

Los eslabones de la cadena repicaron con impaciencia junto al hombro de Gerin. Una voz tensa y furiosa en la creciente oscuridad.

—¿De qué estás hablando? ¿Peces?

Era otro urbanita, Gerin no recordaba su nombre, más demacrado y castigado por el trabajo que Tigeth. Apenas había pronunciado una palabra en la semana que llevaban de marcha; en los descansos, se pasaba la mayor parte del tiempo mirando al vacío, con la mandíbula tensa y en movimiento, como si tuviera las últimas hebras de un bocado de tabaco entre los dientes.

Igual que casi todos sus pares, todavía parecía incapaz de asimilar la enormidad de lo que le habían hecho.

—Está hablando de estupideces —se burló Tigeth—. No sabe decir otra cosa. Sólo hay que mirarlo; un pequeño morador de la ciénaga, como los que se ven por el mercado de Strov, diciendo la buenaventura o bailando para la multitud. No sabe leer, no sabe escribir, tal vez no sepa contar más allá de cinco. No tiene ni idea de cómo funcionan las operaciones comerciales.

Gerin sonrió amargamente.

—Bien, ya que tú y todos los demás de la cuerda fuisteis vendidos por deudas, supongo que estamos iguales.

Tigeth blasfemó y se abalanzó contra él. Hubo un breve e impotente sonido de cadenas y un coro de protestas cuando el movimiento tiró de los demás hombres sentados. El hombre demacrado agarró a Tigeth y sostuvo las manos ávidas del hombre grueso a pocas pulgadas del rostro de Gerin, hasta que Tigeth cedió y volvió a relajarse.

—Estate quieto, jodido idiota —siseó el hombre demacrado—. ¿Quieres que venga un capataz? ¿Quieres acabar como Barat?

La mirada de Tigeth se dirigió involuntariamente al juego de grilletos retorcidos y vacíos que aún llevaban en la cuerda. Barat, grande y fuerte, proxeneta del puerto de profesión, había acabado vendido del mismo modo que Gerin; desde los tribunales de justicia. En el caso del proxeneta, había sido por algo relativo a acuchillar al noble equivocando cuando fue demasiado lejos con una de las chicas. El mencionado noble resultó tener contactos en los Claros; los guardias tuvieron que mover por una vez sus traseros perezosos y ebrios, hacer algunas preguntas y romper unas cuantas cabezas testarudas. Alguien habló, y

Barat pasó en la cárcel el tiempo suficiente para escupir en el rostro de su atildado acusador en lugar de acobardarse, terminando en una cuerda de esclavos como resultado. Lo de costumbre, la sempiterna canción de la ciudad.

Barat el proxeneta trajo consigo un arrogante desprecio hacia los esclavos endeudados a los que se encontraba encadenado, y se pasó los tres primeros días de marcha provocándolos a estallidos de violencia mal calculada, que luego frenaba con la habilidad desdeñosa de un matón. Por algún motivo, había dejado a Gerin prácticamente en paz, pero las cadenas eran lo bastante generosas para permitirle poner las manos encima de cuatro o cinco hombres antes de que los capataces se cansaran de disfrutar del espectáculo y empezaran a hartarse del caos que causaba.

Al tercer día, durante el quinto o sexto estallido de violencia, dos o tres capataces y propietarios a caballo retrocedieron para ver a qué se debía el alboroto. Uno era una mujer, y cuando los capataces hubieron restaurado el orden en la cadena a base de puntapiés y blasfemias, la mujer llamó al jefe, se inclinó en la silla para hablar con él y lo envió de nuevo con sus colegas sofocado de vergüenza. Gerin no oyó lo que decían, pero supo lo que se avecinaba del mismo modo que reconocía un cambio de viento en los pantanos.

Decidió no compartir lo que sabía con Barat, y el proxeneta era al parecer demasiado estúpido o testarudo para deducirlo por sí mismo. Empezó otra pelea poco después, aquella misma tarde.

Los capataces vinieron a por él en la parada para las letrinas del mediodía siguiente, justo después de cruzar el río en Parashal. Cuatro a la vez, hombres furiosos y de rostro endurecido con largas mazas de madera en las manos y ojos centelleantes como la mica. Le sostuvieron en el suelo y cortaron los grilletes con los alicates que todos llevaban en el cinturón como si fueran armas. Era una acción cuya irrevocabilidad provocó que el proxeneta empezara a resoplar y patear como un caballo aterrado.

Pero entonces, por supuesto, ya era demasiado tarde.

Arrastraron a Barat, que rugía y se retorció, hasta un bosquecillo cercano, y allí se tomaron su tiempo azotándolo hasta la muerte. Estaban lo bastante cerca de los esclavos para que les llegaran los sonidos: golpes sólidos y carnosos, como los de un carnicero cortando articulaciones; chillidos agudos y horribles que muy pronto se convirtieron en gemidos suplicantes y plañideros; y finalmente un silencio que era peor que todo lo demás, mientras los sonidos de la paliza continuaban. Gerin estaba acostumbrado a presenciar escenas de brutalidad, tanto en la ciénaga como en las calles de Trelayne; pero incluso para él, la muerte de Barat se hizo eterna.

En otros lugares de la cuerda, los hombres menos endurecidos (entre los que se incluían las antiguas víctimas de los abusos de Barat) mantenían la cabeza gacha y miraban fijamente al suelo sobre el que estaban sentados. Uno o dos se metieron los dedos en la boca como mujeres para sofocar el vómito. Gerin consiguió aparentar una mueca de desdén antes de darse cuenta de que también él estaba temblando ante el espectáculo.

O a punto de enfermar con el jodido resfriado de Tigeth, se dijo, algo mareado.

Finalmente, los ruidos cesaron, y los capataces salieron de entre los árboles, intercambiando bromas y sonriendo como lobos bien alimentados. Llevaban las mazas apoyadas en los hombros, con aire relajado. Uno de ellos blandía ociosamente los alicates en la otra mano, golpeando la hierba, que le llegaba a las rodillas. El extremo puntiagudo de la herramienta estaba mojado de sangre, que relucía cuando el sol de mediodía se reflejaba en ella al moverse.

Y más tarde, el conocimiento tácito se impuso entre los silenciosos presos, como un compañero nuevo, sonriente y esquelético en la cuerda; la convicción de que cualquiera de ellos podía haber estado en el lugar de Barat.

—Sí, y ya que hablamos de eso —les dijo Gerin cuando Tigeth se hubo tranquilizado tras la advertencia del hombre demacrado—. ¿Creéis que éste es el único juego de grilletes vacío que vais a ver en esta cadena? Cada día que pasa sin llegar al mercado de Yhelteth son monedas que se escapan entre los dedos de esos capullos. ¿Creéis que se detendrán o aflojarán el paso para cualquiera que no soporte el calor cuando empecemos a cruzar los matorrales?

—Tienen que vendernos —insistió Tigeth malhumorado—. No les interesa que...

—Tienen que vender a algunos, señor Comerciante. Los suficientes para que les compense. Como he dicho antes, ¿creéis que al capitán de una trainera le importa perder algunos peces en el muelle cuando descarga?

—¿Cuántos años tienes, hijo? —preguntó alguien con curiosidad. Gerin esbozó una sonrisa de pilluelo en las tinieblas.

—Quince. Y contrariamente a lo que ha dicho el señor Comerciante, sé contar más allá de cinco. He contado treinta y cinco cuerdas en esta caravana, con treinta y dos cabezas en cada una. Eso da un total de mil ciento veinte, menos Barat, y ya visteis lo que le ocurrió. ¿Creéis que cualquiera de nosotros vale el agua extra o el tiempo de espera para cuidarnos? Se trata de marchar o morir, gente, y que Hoiran se lleve a los rezagados. Ya no sois ciudadanos, sois esclavos. Si caéis ahí fuera, tal vez os propinen un par de puntapiés para asegurarse de que

no podéis volver a levantaros. Y si no podéis... —Extendió las manos en los grilletos y se encogió de hombros—. Os cortarán las cadenas y os dejarán morir en el lugar donde caísteis.

—Tal vez sea cierto —dijo lentamente el hombre demacrado—. Pero tal vez simplemente preferimos pensar que le ocurrirá a cualquier otro. Diablos, tal vez le ocurrirá a cualquier otro. Hemos llegado hasta aquí.

Un murmullo de asentimiento recorrió las figuras agazapadas junto a la cadena. Pero cuando el sonido cesó, el hombre demacrado miraba hacia el sur sin expresión, y parecía no creer en su propio argumento.

—Nunca he estado en un desierto —dijo, a nadie en particular—. Nunca he visto uno antes.

Alguien estornudó violentamente.

—Yo sé lo que es marchar o morir —dijo otro hombre, sentado algo más lejos. La mitad de su rostro estaba cubierto por unas cicatrices de pesadilla, quemaduras mal curadas y tan graves que incluso a la débil luz se podían ver los arrugados contornos de sus tejidos cuando movía la cabeza—. En la guerra, en la retirada de Rajal. El chico tiene razón, así es cómo funciona. Dejaban a los heridos donde caían. Nos obligaban a seguir marchando ante ellos, y podíamos oírles llamándonos, suplicándonos. Rogándonos que no les dejáramos para los lagartos. Y entonces ni siquiera éramos esclavos, aún éramos ciudadanos, éramos soldados.

Tigeth emitió un sonido de exasperación.

—No es lo mismo, aquello era una guerra. No es lo mismo que...

—¿Qué te sucede, hombretón? —El preso demacrado miró a Tigeth con disgusto—. ¿Acaso crees que alguna viuda rica de Yhelteth te comprará como escriba y mayordomo sólo porque sabes leer y escribir? ¿Crees que eres demasiado bueno para trabajar en las minas o cargar con un capacho de ladrillos hasta caerte?

—No, sólo está demasiado gordo para eso —se burló alguien.

—Demasiado gordo para cualquier viuda, además —dijo otro—. A no ser que lo compre como almohada.

Hubo una carcajada general, baja y rencorosa. Tigeth se enfureció.

—No estará gordo cuando lleguemos allí —dijo en voz baja el veterano de Rajal—. Con una marcha como la que nos espera, estará tan quemado, cubierto de ampollas y acabado como los demás. Si es que consigue llegar.

Se hizo el silencio después de aquellas palabras. Los cautivos se miraron unos a otros mientras se hacían a la idea. La mayor parte había presenciado sin duda escenas de brutalidad ocasional desde que les habían arrestado y vendido: tal vez algunos de los más jóvenes y atractivos habían sufrido (igual que Gerin) las inevitables violaciones en las mazmorras, como las mujeres que marchaban en cuerdas sepa-

radas. Pero en general, aquellos hombres aún no habían tenido que enfrentarse a la idea de que podían morir.

Unos escalofríos débiles y febriles recorrieron la espina dorsal de Gerin cuando comprendió que él tampoco lo había pensado hasta aquel momento. En todas sus maquinaciones y conjuras para escapar de aquello, había imaginado muchos resultados desastrosos, pero ninguno que implicara su propia extinción. Había previsto diversas brutalidades, improvisando a partir de las que había presenciado en el pasado u oído contar en las historias junto a la hoguera del campamento. Había revivido los recuerdos de su violación en las celdas de deudores, imaginado que podía volver a ocurrirle quién sabía cuántas veces. Incluso había pensado brevemente, incapaz de resistir un estremecimiento, en la posibilidad de la castración, una práctica que se decía que era habitual con los esclavos en Yhelteth.

Pero jamás había imaginado que su vida pudiera terminar. Jamás había creído de veras que él pudiera ser el esclavo cortado y abandonado, suplicando y balbuceando mientras las cuerdas de esclavos seguían avanzando hacia el resplandor del desierto. Nunca había pensado que pudiera ser él, Gerin Dedos Hábiles, de quince años de edad, con la vida apenas empezada, tumbado y demasiado débil para moverse, demasiado débil para nada más que breves plegarias a la Corte Oscura, Hoiran o Dakovash, Kwelgrish o Horchalat, Firfirdar o cualquier puto dios que pudiera estar escuchando, súplicas que caerían como un cubo atado y lleno de agua, cuya cuerda resbalara entre dedos fatigados para volver al pozo, con toda esperanza perdida; plegarias por ser rescatado, y luego plegarias simplemente por ser encontrado, aunque fuera por otros traficantes de esclavos o bandidos; finalmente, la simple súplica de que la sed y el calor lo mataran antes de sentir los primeros tirones rápidos y tentativos en su carne, cuando los depredadores rodearan su cuerpo aún vivo y los buitres descendieran en espiral para arrancarle los ojos...

Se estremeció (aquel puto resfriado) y pasó la mirada tristemente por los demás cautivos. El hombre demacrado se dirigió al veterano de Rajal.

—Tú, Cicatrices. ¿Crees que lo conseguirás?

El veterano hizo una mueca. Con sus cicatrices, no era una visión muy atractiva. Gerin pensó en las estatuas con colmillos que había visto entre las sombras iluminadas por velas en el templo de Hoiran, junto a la puerta sur de Trelayne. Y decían que los espíritus oscuros se sentían atraídos por la carne deforme y mutilada. Su padre le había dicho una vez que...

El de las cicatrices se encogió de hombros.

—Probablemente, sí. Pero hay que pensar así. Estás acabado si no lo haces.

—Cierto.

—Mirad —dijo Gerin, desesperado por librarse del temblor de su propio miedo repentino—. No he dicho que la mayoría no vayamos a sobrevivir. No se trata de eso.

Las castigadas facciones del veterano se volvieron para fijarse en él. Con la llegada de la noche, el borde de cimitarra largo y brillante del anillo podía verse claramente, cortando las nubes sobre ellos, y derramando una luz suave e irregular sobre cualquier cosa que la Corte Oscura considerara apropiado que tocara. Una parte de aquella luz pareció reflejarse y centellear en la mirada del hombre cuando estudió a Gerin.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó en voz baja.

Curiosamente, a Gerin le pareció que estaba en una representación, como una de las piezas de drama callejero que había ayudado a poner en escena en Strov para atraer al público o ganarse la simpatía de los viandantes. Como si existiera una respuesta fija y correcta para aquello. Gerin, que no tenía ni idea de cuál podía ser, miró a su alrededor, hacia los demás cautivos y sus expresiones.

Se aclaró la garganta.

—Ninguno de nosotros está acostumbrado al calor del desierto —dijo—. Y la mitad empezamos a estar enfermos con los putos mocos y estornudos. Nos encontraremos mal y muertos de cansancio. Después de unos pocos días entre los matorrales, con las raciones que nos están dando, no importa quién sobreviva y quién no, ninguno de nosotros estará en condiciones de intentar ningún tipo de huida. Ésta es nuestra última oportunidad.

—¿Huida? —Tigeth emitió un resoplido lleno de flema—. Puto estúpido...

Y el superviviente de Rajal le golpeó salvajemente en la cabeza. Tigeth gritó y cayó de lado con la fuerza del golpe. Abrió la boca para decir algo más, pero el veterano le miró fijamente, y Tigeth lo pensó mejor. Luego la mirada del hombre de las cicatrices se clavó de nuevo en Gerin. Abrió una mano encadenada en un gesto de invitación.

—Si tienes alguna idea, chico, creo que ahora es el momento de que la escupas.

Capítulo dos

La hoja del cuchillo ascendió, captó la luz cegadora del sol en el filo por un instante, y luego cortó hacia adentro.

Egar Matadragones gruñó. Inclino la cabeza una fracción de pulgada y sintió que el acero le arañaba la piel. Con un gran esfuerzo de voluntad, dejó el cuello donde estaba y miró fijamente al techo de la barbería.

Era más difícil de lo que recordaba.

—No os preocupéis, señor —ronroneó el barbero. Recogió con el pulgar la espuma concentrada en la cuchilla y la dejó caer en la jofaina. Se acercó para dar otra pasada al cuello enjabonado del Matadragones, mientras su voz se volvía un poco más tensa por la concentración—. Ahora estáis en Yhelteth, reina coronada de las ciudades civilizadas. En esta silla se han sentado dignatarios visitantes de todos los rincones del mundo conocido. Todos salieron con la garganta intacta.

Egar le clavó una mirada amenazadora, lo que no era fácil de hacer con la cabeza inclinada de aquel modo.

—He hecho esto antes, ¿sabes?

—Bien, señor, os alegrará saber que ya somos dos. —El barbero volvió a limpiar la hoja e inclinó la cabeza de su cliente en la dirección opuesta—. Así, y aguantad un momento. Gracias. Aunque no recuerdo haber tenido el placer de servirlos anteriormente. ¿Fue alguno de vuestros hermanos de la estepa quien me recomendó?

—Mis hermanos de la estepa no podrían pagar tus precios.

Era cierto. De hecho, casi todos los majak lucían barbas en Yhelteth, exactamente igual que hubieran hecho en sus hogares de las llanuras del norte. ¿Por qué gastar buen dinero en eliminar un vello del rostro que igualmente volvería a crecer a la semana siguiente? Bien pensado, ¿por qué afeitarse en absoluto? La barba protegía del sol, ¿no? Y hacía cosquillas a las mujeres, les hacía saber que habían estado con un hombre, no un niño. Estaba bien recortarla un poco si era necesario, si lo exigían los estándares de apariencia de la brigada mercenaria imperial en la que uno se había enrolado, pero por lo demás...

El barbero frunció un poco el ceño mientras se inclinaba y estudiaba su obra.

—No estoy de acuerdo, señor. De hecho, tuve a un par de hermanos vuestros aquí sólo la semana pasada. Eran jóvenes, y no llevaban mucho tiempo en la ciudad por su modo de hablar.

Egar gruñó.

—Entonces les pagan mejor que a mí cuando tenía su edad.

—Tal vez. Recuerdo que llevaban la librea de la guardia de la ciudadela.

—¿La puta ciudadela?

Una rápida mirada al barbero para ver si aquello le había ofendido; los imperiales eran muy suyos en los asuntos religiosos. Tenían unas reglas implacables que había que cumplir, y muy poco sentido del humor cuando alguien las violaba. De ordinario, a Egar le hubiera importado una mierda ofenderles o no, pero no tenía sentido poner nervioso a un hombre que blandía una navaja junto a la garganta de uno.

—Sí, bueno... —Inmerso en su tarea, el barbero no pareció inmutarse por nada parecido al fervor religioso. Levantó la cuchilla bajo el ojo de Egar y la llevó de nuevo junto a su oreja, con pasadas tan suaves y experimentadas como su voz y las banalidades que emitía—. Las filas de la Guardia Sagrada quedaron muy diezmadas durante la guerra, señor. El martirio se llevó a multitudes enteras de fieles.

—Sí, desde luego.

Egar había visto ejemplos de aquel martirio durante las operaciones de la campaña en el sur, ejemplos que habían repugnado incluso a su alma endurecida de mercenario. Oleadas de hombres y muchachos, algunos de apenas doce o trece años de edad, arrojando sus cuerpos contra las líneas de lagartos con el nombre de la Revelación en los labios. La mayor parte no podían asestar más de un solo golpe antes de ser derribados por las garras o dientes de los peones reptiles. Murieron chillando por millares en el campo de batalla, mientras los comandantes guardianes observaban y ofrecían sus plegarias por la victoria.

Al lado de Egar, sobre un promontorio, otro comandante mercenario majak escupió en el polvo y sacudió la cabeza.

¿Y nos llaman fanáticos a nosotros?

Pero Yhelteth era así. Uno se dejaba adormecer por sus afeitados y sus baños, sus libros y su ley; y entonces, del modo más inesperado, de repente veía cómo los famosos ornamentos de la civilización imperial eran arrojados a un lado igual que la tela y la arcilla de la máscara de un leproso rico, y uno se encontraba cara a cara con el horror de debajo: un pueblo violento y tribal, muy orgulloso de su supuesta su-

perioridad y de su fe, que imponía su dominio en todos los lugares donde se le permitía.

No es aconsejable hacerse demasiadas ilusiones sobre nosotros, le había dicho Imrana muy seria una vez. Si eliminamos de la ecuación al Pueblo Negro, probablemente seríamos aún una amalgama de tribus de jinetes sedientos de sangre peleando por el territorio.

El barbero terminó su trabajo, limpió el rostro y el cuello de Egar con una toalla húmeda, y trajo una vela para quemarle los cabellos que le salían de las orejas. Era un proceso doloroso: prender fuego al pelo durante un breve segundo, apagarlo con la palma de la mano curvada, y repetir. Pero Egar se sometió con una estoica falta de protesta. Se acercaba ya a los cuarenta, y no tenía ganas de recordarlo cada vez que se miraba al espejo. Orejas peludas, gris en la barba y el vello corporal, arrugas en la frente y las mejillas que se suavizaban pero que jamás desaparecían según cambiaba su expresión; todo ello empezaba a amontonarse de un modo que no le gustaba demasiado.

Y tampoco le gustaba el espacio que aquel tema empezaba a ocupar en su mente.

Durante los últimos años en la estepa, no se había dado cuenta de los cambios, porque, aparte del chamanismo, las superficies reflectantes no eran algo que tuviera mucha utilidad para los majak. Pero de regreso a la ciudad imperial, Egar se vio obligado a recordar que Yhelteth valoraba los espejos elegantes como signo de riqueza y sofisticación. Tanto los hogares como los edificios públicos exhibían una amplia y ornamentada selección de espejos, que le acechaban en lugares inesperados en vestíbulos y salones de recepción por dondequiera que iba. La casa de Imrana estaba particularmente bien aprovisionada, como correspondía, según suponía Egar, a su posición en la corte, y a su necesidad de mantener una belleza exterior pulida y cuidada.

Al final, le había dicho ella algo amargamente, sentada frente a él en la cálida agua perfumada del baño una noche, pese a la riqueza, pese a la sabiduría, pese a mis contactos y alianzas en la corte, sigo siendo una mujer. Y seré juzgada en todos los aspectos por ese solo hecho, por la jodida geometría de hasta qué punto soy agradable a la vista. Mi destino son los pómulos y las nalgas.

Creo que estás infravalorando un par de cosas más. Había un perezoso tono de lujuria en la voz de Egar, mientras se inclinaba hacia adelante para acariciar un pecho caído y frotarle el pezón con el pulgar. No quería responder al tono de ella con seriedad. De la cabeza a los pies, todo es muy agradable a mi vista. Y para un par más de órganos, por si no te has dado cuenta.

Aquello le ganó una débil sonrisa. Y (lo que en realidad estaba bus-

cando) ella le puso una mano en la polla, ya algo hinchada, que flotaba plana entre sus piernas en el agua del baño.

Sí, un efecto que estoy segura de que cualquier moza de taberna con la mitad de mis años y la blusa desabrochada conseguiría en ese mismo órgano, sólo con frotarse contra él. No puedes volver a lo que existía antes, Egar. Tienes que vivir en el presente. Y en el presente soy vieja. Prácticamente una anciana.

Él resopló.

Aún no has cumplido los cuarenta, mujer.

Aunque en privado sospechaba que probablemente sí los había cumplido, y un par de años más también. En realidad, no era un tema en el que hubiera pensado demasiado. Años atrás, cuando acababan de conocerse, con la guerra aún en ebullición y ninguna certeza a la que agarrarse excepto la del presente... bueno, entonces las cosas eran diferentes. El hecho de que Imrana fuera unos cuantos años mayor que él le había dado un atractivo oscuramente exótico, un escalofrío al que no estaba acostumbrado en sus habituales revolcones de burdel. La edad y la sofisticación de la corte eran los perfumes intoxicantes que la cubrían, un aroma creciente y enloquecedor que le afectaba como el pachuli o el aceite de rosas, y le llenaba de un deseo indefinible e insaciable.

Pero con la idea de la edad empezando a atormentarle también a él, las batallas de retaguardia de Imrana contra el mismo enemigo le perturbaban más de lo que quería reconocer.

Sí, Matadragones. Te perturban casi tanto como ese cabrón noble que tiene por marido. Y tampoco quieres reconocerlo, muchas gracias.

Ah. Eso.

Sí, eso. El caballero comandante Saril Ashant, de regreso de su misión en Demlarashan, donde había sido tan egoísta como para no dejarse matar por los rebeldes a los que debía reprimir. En lugar de ello había regresado a casa, cubierto de gloria y reclamando, como legítima recompensa, un par de semanas de permiso, con los derechos nocturnos y conyugales que...

Déjalo correr, Egar.

—¿Algo más, señor? —El barbero estaba procediendo a un cepillado estrictamente innecesario de cuello y hombros—. ¿Un masaje, tal vez?

Egar pensó que el brutal tratamiento que acababan de sufrir sus orejas era probablemente el límite para aquel día. Y los confines de la barbería le parecieron de repente muy estrechos. Sacudió la cabeza e hizo un esfuerzo por librarse de su depresión. Se levantó de la silla y rebuscó el portamonedas. Vio que el hombre grande y recién afeitado del espejo hacía lo mismo. Le llamó la atención como siempre. *Mierda,*

eso es mucho pelo gris. Por decir algo mientras buscaba las monedas, preguntó:

—¿Y dices que esos compatriotas míos vienen mucho por aquí?

—Regularmente, sí, señor. —El barbero tomó el pago que se le ofrecía—. ¿Algún mensaje para ellos?

El Matadragones contempló fijamente el espejo, tratando de no revelar su repentino cansancio. ¿Qué podía decir? ¿Qué mensaje podía tener para unos hombres llenos de la misma estúpida e indestructible confianza en sí mismos que él había poseído al llegar a la ciudad un par de décadas atrás?

¿Tal vez *disfrutadlo mientras dure, ciertamente no durará mucho?*
¿*Aseguraos de que os pagan bien por los años que entregaréis?*

Si podían afeitarse regularmente en el barrio de Palacio, ya habían aprendido aquella lección mejor de lo que él podía enseñarla.

El hombre del espejo le contemplaba con el ceño fruncido. El barbero aguardaba. Tras su traicionero cansancio, acechaba otra sensación inquieta, como el humo, como algo esperado pero que aún no hubiera cobrado forma tangible. Trató de darle un nombre y no pudo. En lugar de ello, se la sacudió de encima.

—Ningún mensaje —dijo, y salió al resplandor de una calle azotada por el sol.

Caminó sin rumbo durante un rato, dejando que el fluir de la humanidad en el barrio de Palacio le transportara y le relajara. Mujeres envueltas en telas de brillantes colores, como caramelos demasiado numerosos para escoger, y el intoxicante azote del perfume en la cara al pasar. Esclavos y sirvientes vestidos con la librea de un cortesano u otro, inclinados bajo sillas tapizadas sobre las que se amontonaba un cargamento de cinco pies de altura, o, los más afortunados, transportando algún mensaje sellado de una casa señorial a otra. Un noble acompañado por su séquito, como gaviotas ruidosas en la popa de un esquife pesquero. Aquí y allá, una pareja de guardias de la ciudad, con las corazas demasiado brillantes bajo el sol para mirarlas directamente. Pordioseros y poetas callejeros no lo bastante sucios, deformes o molestos para merecer el esfuerzo de ser ahuyentados.

Débiles aromas de fruta y flores procedentes de algún lugar cercano. El ritmo roto de los vendedores pregonando sus mercancías.

Un calor como una manta. Polvo callejero agitándose bajo los golpes de muchos pies.

Egar se dejó arrastrar por todo aquello como un nadador por la corriente, disfrutando durante un rato del placer todavía intenso de estar allí, de haber regresado a aquel lugar que nunca creyó volver a ver. Pero al final, no sirvió de nada. Sus ojos se dirigían inevitablemen-

te hacia arriba y al oeste, a las majestuosas mansiones blancas bajo la sombra de los árboles a lo largo de la Colina del Puerto. A una mansión en particular, de hecho, con su cúpula de mosaico en el extremo sur, *donde probablemente ahora mismo...*

Vamos, Matadragones. En serio. Déjalo correr.

Demasiado tarde. Su mirada se clavó en el elegante brillo de la cúpula, como una espada en una vaina congelada. Sintió que su humor empeoraba. Una rabia irracional empezó a invadirlo, como siempre le ocurría.

... probablemente ahora mismo, chupándosela en aquella gran cama...

Crece de una vez, Eg. Sabías que tendrías que vivir con esto. Además... un toque del humor socarrón del nómada astuto que en ocasiones se preguntaba si todavía era... *la hora de la plegaria está demasiado cerca para dedicarse a eso. Es un cabrón piadoso, recuerda. Te lo dijo ella.*

Como en confirmación, la llamada a la oración le llegó flotando desde una torre en algún lugar detrás de él. Egar esbozó media sonrisa torcida como escudo, y se agarró a ella. Los recuerdos de Imrana estaban inextricablemente unidos al dolor plañidero de aquel sonido.

Durante los primeros días, cuando la pasión se encendía entre ellos a cada contacto, a cada mirada cargada de intención, la transgresión contra la hora designada para la oración encendía a Imrana como a una vela empapada en aceite. Con los ojos muy abiertos y los labios separados, y la tensión gozosa e incrédula por lo que él le estaba haciendo, y por cuándo se lo estaba haciendo. Ocasionalmente, le asaltaba un recuerdo de aquellos días, y se ponía duro hasta la raíz sólo de pensarlo.

Y más tarde, ya instalados más confortablemente en el arnés de su atracción mutua, todavía solían pasar los atardeceres poscoitales en los balcones de sus aposentos, envueltos en las extremidades enmarañadas y sudorosas del otro, escuchando la llamada a la oración mientras observaban el sol convertirse en capas de calor y polvo sobre el oeste de la ciudad.

Su sonrisa disminuyó y se volvió desagradable por el peso de los acontecimientos recientes. *Puto caballero comandante o no, Matadragones, un día deberías simplemente...*

Agarró la idea por el cuello.

Basta.

Era el momento de estar en otra parte. Definitivamente.

La costumbre llevó sus pies hacia el sur, y lo dejó en el bulevar de la Divinidad Inefable. No creía que Archeth hubiera regresado ya de An-Monal, pero siempre estaba Kefanin para charlar entre tanto. Y tam-

bién podría mirar a Ishgrim, si ésta decidía aparecer. Y, en cualquier caso, se recordó agriamente, su obligación era vigilarlos a todos; Archeth y él mantenían la ficción de que su lugar como invitado perpetuo en la casa se pagaba con sus deberes informales de seguridad.

Nadie comentaba que tales deberes se reducían a poco más que dejarse ver (y dejar muy clara su identidad majak) alrededor del lugar. Ni tampoco se hablaba de las pequeñas bolsas con monedas de plata que aparecían regularmente en los bolsillos de sus ropas cuando éstas regresaban de la lavandería y eran preparadas en sus habitaciones.

Trataba de no sentirse demasiado como un perro mantenido.

La verdad era que el ataque de la guardia de la ciudadela contra la casa de Archeth había tenido lugar hacía casi tres estaciones, y, después de lo ocurrido, parecía improbable que los mismos poderes fueran a intentarlo otra vez. Menkarak y los suyos habían dado marcha atrás. Había un delicado equilibrio en Yhelteth durante aquellos días, como si una balanza enorme flotara en el cielo sobre la ciudad, con un platillo de cobre inclinado sobre el palacio imperial y el otro en el aire por encima de la fortaleza de la ciudadela.

Nadie quería perturbar aquel equilibrio si podía evitarlo.

Volvió a sentirlo; la misma inquietud al acecho, familiar, pero fuera de su alcance.

Por supuesto, siempre podrías buscarte un verdadero trabajo, Matadragones.

Podía hacerlo, y con aquel sobrenombre, no le faltarían ofertas; a los hombres llamados Matadragones se los encontraba sobre todo en los cementerios. Los que todavía vivían eran muy escasos. Cualquier regimiento de la ciudad hubiera matado por tener a uno como comandante, o incluso como oficial de insignia. Pero un mando, aunque fuera un mando honorífico, significaría responsabilidad, obligaciones de pasar revista y otro centenar de tediosos asuntos regimentales de un tipo u otro, cuando lo que en realidad quería era estar en un balcón soleado en algún lugar, follando con Imrana o bebiendo y charlando con Archeth. Y un mando verdadero sería todavía peor; tal como estaban las cosas, lo más probable era que acabara destinado en Demlarashan para supervisar la matanza de más jóvenes ilusos y pobremente armados, que evidentemente no habían tenido suficiente guerra la última vez.

La guerra; sus años de jefe de clan en la estepa después... todavía le atormentaba. La sentía en el estómago y en la garganta cada vez que pensaba en ella, como la sensación del día siguiente a haber comido y bebido demasiado en algún festín excesivo. No le importaría no volver a dirigir soldados en su vida. No quería volver a dar órdenes a otros hombres.

Que los muy estúpidos se busquen la vida solos, para variar.

Llegó a casa de Archeth en aquel estado. Salió de la abarrotada calle y se detuvo en la fresca sombra bajo el arco de la puerta para secarse el sudor del cuello y la frente. Los dos jóvenes guardias apostados allí le saludaron con desconfianza. Con más desconfianza de la que uno esperaría, dado que había jugado a dados con ellos un par de veces en el cambio de turno.

Se obligó a sonreír.

—¿Todo bien, muchachos? ¿Habéis visto a la dama Archeth?

El hombre de la izquierda sacudió la cabeza.

—Todavía no hay noticias, señor.

Se encogió de hombros. Kefanin, entonces.

Cruzó los adoquines del patio azotado por el sol, entró y paseó un rato por la casa hasta que finalmente encontró al eunuco hablando con Ishgrim en uno de los patios ajardinados de la parte trasera. Egar no podía oír de qué hablaban, pero a sus ojos amargados les pareció que se llevaban demasiado bien para una mujer con el cuerpo de Ishgrim y un hombre sin pelotas. La esclava reía, apartándose de los ojos el largo cabello color cera. Las curvas de su cuerpo tiraban gratuitamente de la camisola de lino amarillo que llevaba, tensando la tela en las caderas y pechos. Kefanin hizo un gesto complicado con las manos, sacudió un pañuelo de seda roja y abrió bien los dedos para que quedara colgando entre ellos. Una pequeña cascada de pétalos de rosa blancos cayó sobre el banco de piedra que los separaba. Ishgrim jadeó y aplaudió como una niña pequeña. Sus pechos se elevaron con el movimiento, y de repente dejó de parecer una niña pequeña. Egar sintió un tirón en la entrepierna al verlo.

No era lo que necesitaba en aquel momento. Tosió y dejó que lo vieran.

—Hola, Kef.

El eunuco se levantó apresuradamente.

—Señor.

—¿No hay señales de Archeth, pues?

—No. De ordinario, esperaría que ya hubiera vuelto, pero...

—Pero cuando esté en aquella casa llena de fantasmas, ¿quién coño sabe? —La voz de Egar sonó más áspera de lo que había pretendido—. ¿Verdad?

Los labios de Kefanin se plegaron diplomáticamente.

—¿Algún refrigerio, señor?

—No, estoy bien. —Egar miró a Ishgrim, preguntándose, y no por primera vez, cómo se controlaba Archeth. Si la muchacha hubiera sido su esclava (y un regalo del emperador, nada menos, era difícil sentirse más legitimado), habría recorrido aquellas curvas meses atrás. La ha-

bría encendido como un cielo tormentoso en la estepa, le habría puesto una puta sonrisa en la cara por una vez, en lugar de aquella mirada perpetuamente baja que arrastraba por la casa todo el tiempo, como un cubo de agua sucia.

Ishgrim se sonrojó y se removió en el banco de piedra.

—¿Vas a decírselo? —preguntó con voz débil.

Silencio. Egar pasó la mirada de uno al otro.

—¿Decirme qué?

—No es nada, en realidad. —Kefanin agitó una mano despectivamente—. No vale...

—¿Decirme qué, Kef?

El mayordomo suspiró.

—Bien, pues. Parece que vamos a sufrir un poco más de presión clerical. La ciudadela desea recordarnos una vez más su existencia.

—¿Están ahí otra vez? —Egar no lo había notado al entrar, y una curiosa sensación de vergüenza se apoderó de él al comprenderlo. *Menudo puto guardaespaldas, estás hecho, Eg*—. Los de la puerta no me han dicho nada cuando he entrado.

Kefanin se encogió de hombros.

—Son un préstamo del palacio. No quieren problemas innecesarios.

De nuevo aquel jodido equilibrio inestable. Egar recordó las miradas cautelosas que le habían dirigido los guardas. Sintió que una sonrisa se dibujaba en su cara.

—¿Creen que yo causaría problemas innecesarios?

—Señor, no sé si...

—Déjame a mí, Kef.

Su voz le siguió mientras se alejaba. En aquel momento sentía una nueva emoción, en cuyo centro se encontraba la misma inquietud familiar que no podía identificar. Recorrió las habitaciones y pasillos de la casa. Atravesó el resplandor del patio. Pasó bajo la caricia breve y fría del arco, junto a los sobresaltados guardias —*cabrones*— sin decir una palabra. De nuevo en el exterior, en el bullicio y ajeteo de la calle.

Prestando atención, los distinguió fácilmente; allí, bajo una de las acacias plantadas en una doble hilera en el centro del bulevar. La silueta flaca y vestida de gris del guardián y, flanqueándolo en el fresco charco de sombra, la inevitable pareja de soldados: músculo barato y muecas de profesional, cotas de malla ligeras bajo una sobrepelliz con el escudo de la ciudadela, y espadas cortas envainadas en las caderas.

Hubo un doble movimiento cuando ambos hombres se llevaron la mano a la empuñadura de la espada al ver al gran majak avanzando hacia ellos por entre el tráfico. Egar asintió con severa aprobación, dejándoles ver que se había dado cuenta, y luego se plantó firmemente frente al guardián.

—Te has equivocado de casa —dijo en tono casual.

El rostro del guardián se encendió de ira.

—¿Cómo te atreves a...?

—No, no me estás escuchando. —Egar mantuvo una voz paciente y gentil—. Es evidente que ha habido un error en el ciudadela. Pashla Menkarak no te mantiene bien informado. Cuando te envié aquí, ¿no te dije lo peligroso que era ponerse bajo este árbol?

El guardián dirigió una mirada involuntaria a las ramas sobre su cabeza. Egar le apoyó amablemente el brazo derecho en el hombro, justo encima de la clavícula. Hundió el dedo pulgar. El guardián emitió un grito ahogado. Los soldados reaccionaron tardíamente. Uno de ellos levantó una enorme mano y agarró el brazo libre de Egar.

—Ya bast...

Egar golpeó con el canto de la mano derecha, y sintió que la clavícula del guardián se quebraba bajo el impacto como una ramita de leña. El guardián chilló y se derrumbó en una maraña de ropajes y dolor. Para entonces, Egar ya se había vuelto hacia el soldado que le tenía agarrado. Le aferró la mano con un truco majak, y empujó al hombre de cara contra el tronco del árbol. El otro soldado fue demasiado lento en reaccionar, e hizo exactamente el movimiento equivocado: fue a por su espada. Egar se abalanzó contra él usando el hombro y todo el peso de su cuerpo, le inmovilizó el brazo de la espada contra el pecho y le golpeó la sien con el canto de una mano. En el último momento, algo le hizo retener la fuerza del golpe, y el hombre cayó, simplemente aturdido.

Entre tanto, el que había chocado de cara contra el árbol estaba aún en pie, con la sangre brotándole de la nariz rota, y también había decidido que era el momento de sacar el acero. Consiguió desenvainar un palmo de espada, y entonces el Matadragones le derribó de un puntapié en las piernas. Cayó bruscamente al suelo. Egar se le acercó y le pateó de nuevo en la cabeza. Aquello pareció solucionar las cosas.

Detrás de él, el guardián seguía chillando y retorciéndose en el suelo entre sus ropajes, como una especie de pez manta varado. Empezaba a formarse una multitud de curiosos. Egar miró arriba y debajo de la calle en busca de refuerzos, no vio ninguno, se posicionó cuidadosamente y pateó con fuerza el vientre al hombre de la túnica. Los chillidos cesaron, y fueron reemplazados por un ruido quebradizo de vómito. Egar le propinó otro fuerte puntapié, en aquella ocasión más arriba, y sintió cómo un par de costillas se rompían bajo su bota. Luego se agachó junto al guardián, le agarró por la garganta y lo atrajo hacia sí.

—Mírame bien —dijo en tono tétrico, y sacudió la cabeza del hombre hacia arriba para enfatizarlo—. Presta atención, porque sólo voy a decirlo una vez. ¿Ves esa ventana? ¿En el segundo piso, la tercera

desde el arco? Ésa es mi habitación. Da directamente a la calle, justo aquí. Pues bien, ya sé que vosotros y la señora de esta casa habéis tenido problemas en el pasado, pero lo que quiero decirte es esto: me importa una mierda. Y, lo que es más importante, no quiero tener que mirar por esa ventana y ver tu estúpida cara jodiéndome el paisaje. ¿Entendido?

Un gruñido entre dientes apretados.

—Tengo el derecho por ley...

Egar borró de un bofetón el resto de la frase de la boca del otro hombre.

—No estamos hablando de derechos, amigo. ¿Es que parezco un abogado? Estamos hablando de una petición razonable, educada y personal que te estoy haciendo, a ti y a todos tus amigos barbudos. Manteneos lejos de esta casa, joder. Llévale el mensaje a Menkarak, y asegúrate de que lo difunde. Porque me veré obligado a hacer daño, probablemente mucho daño, a cualquiera que no lo entienda. Y si tú vuelves por aquí... —El Matadragones clavó el dedo índice bajo la barbilla del guardián, y le obligó a levantar más la cara. Le miró a los ojos para dejárselo bien claro—. Bueno, entonces te mataré. ¿De acuerdo?

A juzgar por el rostro del hombre, había captado el mensaje.

Se levantó, echó un vistazo a los cuerpos que se retorcián en el suelo y a la estupefacta multitud que se había congregado.

—La función ha terminado —dijo bruscamente—. Aquí no hay nada que ver.

Y allí estaba, algo en sus palabras al pronunciarlas, cierto eco de la elusiva sensación que le había acompañado durante todo el día, algo que surgió de entre las sombras y adoptó una forma reconocible.

Aburrido, comprendió, con un leve sobresalto. *Matadragones... estás aburrido.*

Capítulo tres

Más tarde, con el anillo difuminado por las densas nubes y la última luz del día convertida en un leve resplandor naranja sobre los árboles del oeste, los capataces ordenaron montar el campamento. La leña ardía y resplandecía a intervalos en el terreno abierto donde las treinta y cinco cuerdas de esclavos se apretujaban para protegerse del creciente frío de la noche. Gerin observaba crecer las llamas, y contó cuatro... no, cinco hogueras entre los esclavos y otra más pequeña más lejos, donde habían montado las tiendas de los capataces. Ninguna estaba lo bastante cerca como para enviar nada más que una luz muy débil a los hombres de su cuerda; un destello aquí y allá sobre unas cuantas caras pálidas de urbanitas como Tigeth, o el brillo de algún ojo que captaba la luz cuando alguien volvía la cabeza. Pero en general, los esclavos formaban una masa desordenada y amorfa de sombras en las tinieblas.

Había un picor débil y acuoso en los ojos y garganta de Gerin. De repente se sintió débil e inepto. Se obligó a contenerse.

No hay tiempo para eso ahora.

Los capataces que no estaban a cargo de las hogueras iniciaron la tediosa tarea de dar de comer y beber a los esclavos. Avanzaban entre los esclavos solos o en parejas, propinando algún puntapié o golpe casual para abrirse paso. Los que supervisaban la cuerda de Gerin al menos parecían de buen humor mientras trabajaban, vertiendo el guiso frío en los pequeños cuencos de madera con una puntería que trataba de ser razonable, tomándose la molestia de entregar los trozos de pan rancio en lugar de arrojarlos, y diciendo aquí y allá el tipo de palabras tranquilizadoras que uno dirigiría a un perro obediente. Gerin lo atribuyó a la ausencia de Barat; con el camorrista ya fuera de la cadena y abandonado para que se pudriera, los jefes no volverían a fijarse en ellos, y aquello era una buena cosa. A partir de aquel momento, todos, capataces y esclavos, podrían continuar con el trabajo práctico de llegar al final del camino en paz.

Gerin se obligó a tragar los bocados del gelatinoso guiso y royó un trozo de su pan. Tragó fuerza, respiró, volvió a tragar, y... De repente, se estaba ahogando.

Ahogándose, sacudiéndose, retorciéndose en sus cadenas, con los grilletos clavándosele en muñecas y tobillos, mientras los hombres que le rodeaban se apartaban de él tanto como se lo permitían sus propios grilletos. Se elevó un clamor por toda la cadena.

—¿Qué demonios...?

—Cuidado, cuidado, le ha dado un ata...

—¡Plaga! ¡Es la plaga de la tos!

—¡Apartadlo de mí...!

—¡Veneno, veneno!

—¡No toquéis la puta comida!

—Escupe, hombre. ¡Escupe, joder!

Y luego el nuevo grito, el nuevo terror.

—¡Poseído, poseído! La Corte Oscura se ha apoderado de él. ¡Hoiran viene! No dejéis que os toque, romperá las cadenas como un...

—¡Hoiran! ¡Hoiran! Postraos de rodillas, es...

—¡Hoiran está entre nosotros!

—¡Atrás, apartaos!

Llegaron los capataces. Gerin apenas se dio cuenta, con su visión desgarrada a trozos mientras su cuello se movía en espasmos de lado al frente, de lado al frente, de lado al frente. La saliva se le acumulaba en la garganta; tosió y escupió desesperadamente, y sintió que empezaba a espumear y babear. Una forma apenas entrevista se detuvo frente a él, y un puño le golpeó sin demasiada precisión. El golpe le acertó en un lado de la cabeza. Arqueó la espina dorsal mientras emitía gruñidos roncós desde la base de la garganta. Un segundo capataz se unió al primero.

—Así no, imbécil. Agárrale el...

—Sí, coño, inténtalo tú...

—Sólo haz que se esté quieto, ¿quieres?

Alguien se sentó a horcajadas sobre Gerin, y trató de inmovilizarle los brazos. Le pareció reconocer al capataz de unos días atrás, con su cabello gris y escaso bajo un gorro de lana, la frente arrugada y los ojos preocupados. Otro rostro más joven y airado se asomó por detrás y a un lado. Perdido en su ataque y soltando espumarajos, Gerin vio que el segundo hombre levantaba un puño envuelto en una nudillera metálica. Observó el modo en que se preparaba cuidadosamente para el puñetazo. Con toda seguridad, aquel golpe le rompería la cara.

Algo delgado y reluciente se movió hacia arriba en el aire nocturno, y volvió a descender sobre la cabeza del joven. Gerin sabía que era un trozo de cadena. Abandonó sus espasmos ensayados en Strov, se re-

movió furiosamente contra el apretón en sus brazos y acercó el rostro al cuello del capataz viejo como un amante.

Le mordió con fuerza y aguantó.

El capataz gritó y trató de apartarlo de un golpe. El puño de acero del más joven falló y golpeó a su camarada en el hombro. Entonces la cadena se tensó y lo arrastró hacia atrás haciéndolo caer. Gerin cerró las mandíbulas sobre el cuello del viejo y levantó las manos para agarrarlo mejor. Los demás esclavos de la cuerda se concentraron a su alrededor, impidiéndole la retirada. El capataz gemía, se movía a tientas y trataba de abrirse camino a codazos, sin conseguir quitarse de encima a Gerin. La gorra de lana quedó torcida sobre su cabeza calva y luego cayó y se perdió entre la confusión. Gerin resistió las acometidas del otro hombre, sintió que le sangraba la nariz a causa de un golpe afortunado, lo ignoró, y siguió royendo, cortando y desgarrando con los dientes, tratando de abrir un agujero irregular en el cuello del hombre. Piel, cartilago, pequeños fragmentos de carne desgarrada y allí, allí, la pequeña tubería húmeda y latiente de la arteria. Escupió y le soltó. El capataz retrocedió tambaleándose, con los ojos fijos en Gerin en la oscuridad y la boca muy abierta como en actitud de súplica. Se llevó una mano a la herida del cuello y notó su gravedad, el rápido pulso de su vida escapándose por entre sus dedos. Emitió una especie de lamento y cayó al suelo gimoteando.

—¡Coged los putos alicates! ¡Ahora!

Era el veterano de Rajal, hablando entre dientes, mientras usaba la cadena adelante y atrás como una sierra sobre la garganta del capataz joven. Tenía los puños levantados y doblados en torno a la cadena en un intento de que toda la tensión no recayera sobre sus grilletes, pero de todas formas Gerin vio que sangraba por las muñecas a causa de la presión. El capataz se retorció y pateaba, agitando las piernas y tratando de encontrar un punto de apoyo para sus botas. Pero los eslabones romos de metal se le habían hundido profundamente en la carne de la garganta, y sus ojos hinchados parecían inhumanamente grandes mientras se ahogaba, cargados con la desesperada certidumbre de su propia muerte. Gerin se le acercó a toda prisa y agarró los alicates de su cinturón. Luchó contra el ángulo poco familiar de la herramienta, tratando de clavarla en los grilletes de sus tobillos.

—¡Hijos de perra! —Sintió un pesado golpe en el hombro—. Al suelo, montón de mier...

Gerin se tambaleó sin llegar a caer. El tercer capataz, recién llegado, gruñó y volvió a golpearlo con la maza desde un costado. En aquella ocasión lo derribó. El capataz se irguió sobre él durante un segundo con la maza de nuevo en alto... y fue atacado por los demás hombres de la cadena antes de poder golpear. Un grito terrible se elevó desde el

suelo en el lugar donde había caído. Las siluetas encadenadas se amontonaron sobre él.

—Libérame, chico. Rápido.

Era el hombre demacrado, con los brazos extendidos. Gerin vaciló un instante, y luego fijó los alicates en las esposas del hombre. Apretó y retorció, con los antebrazos doloridos por el esfuerzo. Durante un momento angustioso pensó que los alicates no iban a funcionar. Entonces el grillete se dobló, se rompió y se soltó.

—Eso es, eso es —casi ronroneó el hombre demacrado—. Y decían que era hierro fabricado por el gremio. Mira esa mierda. Putos herremos chapuzas de Etterkal.

El segundo grillete salió igual de fácilmente, y entonces el hombre demacrado agarró los alicates del puño resbaladizo y sudoroso de Gerin. Los blandió como un arma. Gerin se notó la boca seca.

—Vamos —espetó el hombre—. Extiende las manos.

Fue como si le hablara su padre. Gerin le obedeció, aturdido. El hombre demacrado acercó los alicates a sus grilletes y los abrió uno tras otro con un poderoso gesto doble. Repitió la acción con los pies de Gerin casi con la misma rapidez, y luego con sus propios pies. Arrancó los grilletes rotos, se irguió y se echó a reír; un estallido de alegría fiero y repentino que tenía algo de animal. Palmeó a Gerin en el hombro, casi derribándolo de nuevo con la fuerza del golpe.

—Ha sido increíble, hijo. Nunca había visto nada igual.

En otros lugares había más hombres que se habían apoderado de los alicates de los otros dos capataces, y habían empezado la dificultosa e incierta tarea de tratar de liberarse a sí mismos o unos a otros en la oscuridad. El veterano de Rajal se irguió, como una aparición, junto al cadáver del hombre al que había matado. Tiró de la cadena, arrancándola del boquete rojo abierto en la garganta del capataz, y se la ofreció. Gerin sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal al verlo. El veterano sacudió la cadena con impaciencia.

—¿Es que vais a quedaros ahí felicitándoos mutuamente toda la puta noche? —gruñó, y señaló con la cabeza hacia el otro lado de la caravana, donde la conmoción se había generalizado—. Tenemos un par de minutos como mucho antes de que llegue alguien con una espada. Vamos.

Gerin siguió la dirección de su gesto y vio que estaba en lo cierto. Había siluetas negras moviéndose entre las alborotadas cuerdas, tratando de averiguar el origen de los disturbios. La mayor parte llevaban antorchas o ramas encendidas tomadas a toda prisa de las hogueras. Era visible el débil resplandor de las espadas desenvainadas en sus manos libres.

El hombre demacrado aplicó los alicates a los grilletes del veterano y los rompió sin más esfuerzo que el que había necesitado antes. El

veterano sacudió las manos con impaciencia para librarse del arruinado metal, y luego se inclinó y se soltó los grilletes de los pies.

Tras ellos, un grito desgarró la noche.

—¡Allí! ¡La cuerda de Monkgrave!

—Están... ¡Detenedlos! ¡Están sueltos! Vamos allí y...

Todavía inclinado sobre los grilletes de sus tobillos, el veterano giró la cabeza hacia las voces. Gerin le vio hacer una mueca y asentir para sí mismo. Luego se puso cuidadosamente en pie, se frotó por turnos las muñecas liberadas y respiró profundamente, gruñendo como si algo le sorprendiera.

—Será mejor que te vayas —dijo al hombre demacrado.

—Yo, tú, pero...

El veterano le quitó gentilmente los alicates.

—Vete. Llévate al chico y escondeos en aquella hilera de árboles, aprisa, mientras aún podéis.

—¿Y tú?

El veterano señaló con un gesto hacia la confusión que les rodeaba, los otros hombres que trataban de liberarse en la oscuridad.

—Amigo, si alguien no nos consigue algo de tiempo, todo esto terminará más rápido que el polvo de un cura.

—Entonces también me quedaré.

—¿Luchaste en la guerra? —preguntó el veterano, con la misma amabilidad con la que había tomado los alicates.

El hombre demacrado vaciló. Bajó la cabeza y la sacudió lentamente.

—Profesiones reservadas —dijo—. Era... soy herrero.

El veterano asintió.

—Imaginé que sería algo parecido. Por el modo en que cortaste ese hierro. Mira, no hay ninguna vergüenza en ello. No todos podemos blandir el acero, ¿sabes? Alguien tiene que fabricar las cosas. Pero cada cual tiene que conocer bien su especialidad.

Blandió los alicates con aire ausente, notando su peso. La herramienta emitió un sonido en el aire como el de una guadaña. El herrero lo miró fijamente, y las facciones cubiertas de cicatrices del veterano se doblaron en algo vagamente parecido a una sonrisa. Señaló con su nueva arma hacia el lugar donde los árboles empezaban a convertirse en bosque.

—Vamos, moveos, los dos. Id hacia los árboles. —Su sonrisa se ensanchó de un modo horrible—. Yo iré detrás.

Volviéron el rostro para no ver la mentira, la imposible promesa en su rostro arruinado, y huyeron.

El hombre de las cicatrices les vio marchar. Maldijo y se tambaleó cuando el primer capataz armado con una espada se abrió paso a puntapiés hasta el escenario de la revuelta. Su sonrisa se desvaneció

lentamente. Entre el caos de hombres luchando por liberarse, tirando de sus cadenas y pidiendo alicates a gritos, se volvió para enfrentarse a los recién llegados. Dos hombres, ambos con espadas, uno de ellos con una antorcha levantada. El veterano sintió que le temblaba un músculo del rostro, por debajo del tejido de las cicatrices.

—¡Tú! —El primer capataz le vio, levantó la antorcha y lo estudió atentamente. Le señaló con la espada—. De rodillas. Ahora.

El veterano cruzó el espacio que les separaba en tres rápidos pasos, ignoró la espada y entró en la guardia del otro hombre antes de que el capataz pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Era mucho más alto que su contrincante.

—Les dejamos atrás —dijo, como si explicara algo a un niño.

Un borrón de movimiento, como las alas de una polilla: los alicates, ascendiendo hasta la altura de la cabeza.

El capataz se tambaleó de lado, con la cara abierta por el golpe, sin un ojo y con la órbita hundida. La antorcha salió volando entre una lluvia de chispas. El capataz emitió un aullido roto, soltó la espada y cayó de rodillas. El veterano ya se había vuelto hacia su compañero.

El segundo hombre recibió el golpe de revés de los alicates también en el rostro. Cayó hacia atrás asustado, sangrando por las heridas, con la espada erguida como una especie de bastón mágico contra los demonios. A la débil luz de la antorcha caída, el veterano se le acercó, gruñendo.

—Órdenes —dijo al desconcertado capataz, y le golpeó en la cabeza con los alicates, una vez y otra, hasta derribarlo—. Nos obligaron a dejarlos.

Por un instante, permaneció como una estatua entre sus dos adversarios caídos. Miró a su alrededor a la temblorosa luz de la antorcha, como si acabara de despertar.

El segundo capataz armado estaba tumbado de espaldas, con la cabeza vuelta hacia un lado y el cráneo convertido en un cuenco roto. El primero estaba de rodillas, apoyado en un brazo tembloroso, tratando de sostenerse el rostro destrozado con la otra mano. Llorando, gimoteando. El veterano vio la espada del hombre en el suelo, gruñó y dejó caer los alicates. Tomó la espada, la blandió un par de veces, y luego la agarró con las dos manos, se volvió y la descargó sobre el cuello del capataz herido. Una ejecución pasable; la hoja cortó la espina dorsal y casi todo el cuello, derribando al hombre en el suelo. El veterano se agachó, limpió la hoja con la precisión fruto de la práctica, y bajó la vista un momento para contemplar el daño que había causado.

—Oímos sus putos chillidos detrás de nosotros durante millas —dijo al cadáver.

Más gritos, el siseo de algo a través del aire nocturno, un bramido salvaje e incoherente. El veterano se volvió y vio al siguiente capataz, en el acto de blandir un mangual con maza y cadena. El veterano pareció apartarse de la trayectoria del golpe como en trance, y dejó que el arma descendiera y se enredara en la hierba del suelo. Se acercó más, como un recién casado a su novia, y asestó al capataz una estocada a la altura del vientre, mientras el hombre luchaba por desenredar las púas del mangual en el suelo.

—Algunos nos maldecían —gruñó al golpear.

El capataz gritó cuando el acero le punzó el jubón y la carne desprotegida de debajo. El veterano le atravesó hasta que la hoja salió por debajo de las costillas del hombre, a su espalda.

—Algunos —dijo en tono normal— simplemente lloraban.

Más allá de la ruina en que se había convertido el hombre al que acababa de destripar, se enfrentó a otras tres figuras equipadas con antorchas y espadas. Aguardaban, conscientes de los cadáveres de sus compañeros esparcidos por el suelo, conscientes de que allí estaba ocurriendo algo grave. Se apelotonaron hombro a hombro y aguardaron.

Pero, detrás de ellos, venían otros.

El veterano aferró la espada y la apuntó hacia el grupo de capataces, indicándoles con la cabeza que se acercaran. La luz de las antorchas le daba un aspecto enorme y le cubría de sombras parpadeantes tras el arma.

Les dedicó una sonrisa de sus facciones destrozadas y cubiertas de cicatrices.

—¿Os parezco un puto esclavo? —les preguntó.

Y, aunque finalmente acabaron con él por simple superioridad numérica, ninguno de los que le oyeron hacer aquella pregunta vivió para ver el amanecer.

Capítulo cuatro

Había un árbol de aleación de hierro en un rincón del patio, que relucía cuando el sol del atardecer jugaba con el relieve de la arrugada corteza metálica. Una sombra de un negro intenso caía desde el tronco como tinta derramada, y luego se dividía en riachuelos que se extendían por el adoquinado, como si buscaran algo.

Archeth estaba sentada en el suelo lejos de su alcance, al otro lado del patio, con las piernas enfundadas en botas extendidas frente a ella y el calor del patio soleado en la pared a su espalda, observando cómo los riachuelos de sombras avanzaban hacia ella. Mordió la manzana que había arrancado de otro árbol en otro patio, uno donde los humanos se hubieran sentido algo más cómodos.

Nada crece en An-Monal, susurraban las supersticiones que recorrían Yhelteth como el viento. *Nada vive allí*.

Como ocurría con casi todas las creencias humanas, aquella idea no daba por completo en el clavo. El árbol de aleación de hierro no estaba vivo en el sentido convencional del término, cierto, pero cada año las hojas de un negro azulado que levantaba contra el cielo se oxidaban con la llegada del invierno, adquiriendo unas manchas que al principio eran de color rojo purpúreo, luego anaranjado y finalmente se volvían de un severo blanco plateado que se desmenuzaba y se convertía en ceniza al contacto con la brisa. Y después, cada primavera, las hojas volvían a brotar de la corteza de aleación como si desenvainaran diminutos cuchillos, como una mano de cartas ganadoras desplegadas sobre la mesa ante los ojos del jugador.

El silencioso proceso metálico había continuado desde que Archeth tenía uso de razón, un periodo que ya se aproximaba al par de siglos; y, pese a la abundancia de profecías idiotas según las cuales todas aquellas cosas habrían de cesar tras la partida de los kiriath del mundo, cuando las últimas naves escupecfuego de su pueblo se sumergieron al fin en el cráter de An-Monal y algo pareció partirse definitivamente en el corazón de Archeth, el árbol jamás perdió su ritmo.

En realidad aquello no le sorprendía; hubiera podido decirles a los sacerdotes profetas que su idea era una estupidez desde el principio. El pueblo de su padre se enorgullecía de crear procesos y artefactos que no les necesitaban para funcionar.

Somos lo que construimos, le había dicho un día Grashgal en tono críptico, en los breves meses transcurridos entre el final de la guerra y la Partida. *Unas fuerzas más antiguas y oscuras que el conocimiento nos obligaron a saber y nos expulsaron del paraíso hace mucho tiempo. No hay vuelta atrás. La única victoria contra esas fuerzas es construir. Construir tan bien que, cuando volvamos la vista al camino del exilio que dejemos atrás, el paisaje sea soportable.*

Si no hay vuelta atrás, le había suplicado ella, *¿por qué os marcháis?*

Pero para entonces ya era una discusión gastada. Grashgal era tan impotente como ella para hacer cambiar de idea al Consejo de Capitanes. La guerra había roto algo en los kiriath, los había horrorizado de algún modo que para ella era todavía oscuro. Querían marcharse. Tras miles de años de inercia sedentaria, volvían a trazar planes, dibujaban cartas de navegación y pedían a las máquinas los consejos que sus propias mentes, delicadamente dañadas, no podían proporcionarles. En los talleres de An-Monal, los fuegos soldadores volvían a arder blancos y azules, y las chispas lanzaban sus cascadas de oro y bermellón sobre los curvos cascos de hierro de las naves escupeco en el dique seco. Los timoneles se removían en su oscuridad apollillada y ominosa, consideraban las preguntas que se les planteaban y decían que podía hacerse.

Involuntariamente, miró a su izquierda, al otro lado del patio, hacia el arco de la entrada y los caminos que conducían a los talleres. El recuerdo del antiguo bullicio se desvaneció al regresar al presente; el sabor intenso y ácido de la manzana sobre la lengua y el calor del sol sobre la piel. Había bajado a los talleres aquella mañana, había recorrido los desiertos portales de hierro y las plataformas elevadoras, y había contemplado las pocas escupeco que habían quedado atrás en la penumbra llena de telarañas, hasta que las lágrimas de siempre, las que había reprimido durante meses, se concentraron y se derramaron ardientes por su rostro, como una sustancia química kiriath con la que hubiera sido descuidada.

Y la habían dejado sintiéndose vacía, pero no más limpia por dentro.

Es el krinzanz, Archidi. En aquella ocasión, había tenido cuidado de no llevarse nada al salir de la ciudad. Dos días, tres como mucho... ¿Podía ser tan malo? Ya tenía la respuesta. *Otra vez te has empeñado en ser absurdamente optimista y dejarlo de golpe.*

Se aclaró la garganta. Dio otro mordisco a la manzana y se protegió los ojos del sol descendente. Las ramas del árbol eran bajas, no muy

por encima de la cabeza de un humano, y esparcían sus ramas enmarañadas hacia arriba y hacia fuera; una dispersión que Archeth sabía que no se debía a la observación o la habilidad de ningún escultor, sino de ciertos principios matemáticos que el pueblo de su padre había incubado en los corazones de sus máquinas como una canción. Recordó haberse columpiado en aquellas ramas de niña, haber tirado de las hojas nuevas una primavera y haberse sobresaltado al descubrir que quemaban al tacto.

Había corrido llorando en busca de su madre, le habían puesto unguento y vendado los dedos quemados, y cuando hizo preguntas, había recibido la explicación humana de costumbre para aquel tipo de cosas.

Es magia, había dicho su madre tranquilamente. El árbol es mágico.

Su padre había permitido que llegara a la adolescencia antes de sacarla de aquella ilusión. Tal vez porque no quería dañar los sentimientos de su esposa, o tal vez porque le resultaba más fácil castigar a Archeth (que al crecer se había vuelto dura y huraña) si ésta creía que de veras era un nigromante, que se había vuelto negro al quemarse cruzando las venas de la tierra.

Aunque, si era sincera, Archeth no había tardado mucho en darse cuenta de la mentira; si, por ejemplo, el viaje de Flaradnam por los lugares recónditos realmente le había vuelto negro, ¿cómo explicar su propia piel de ébano, cuando jamás le habían permitido acercarse a más de cien pies de un flujo de lava ni al borde del cráter de An-Monal? No tenía sentido, y el sentido era algo a lo que Archeth se había aferrado desde muy temprana edad.

Por otra parte, también desde muy temprana edad, Archeth había visto que existía algo bajo la superficie de la relación de sus padres, algo que le recordaba al lento burbujear del magma en el ojo de An-Monal. Las erupciones esporádicas que ocasionaba aquella ebullición la asustaban, y sabía que la magia era uno de los temas que inevitablemente causaban que la tensión estallara.

Ya te lo he explicado, había oído gritar a su padre una noche cuando hubiera debido estar acostada, pero había salido sigilosamente a leer bajo el globo radiante en la pared de la escalera. No hay magia, ni milagros, ni ángeles o demonios aguardando a los incautos pecadores humanos. No quiero que le llenes la cabeza con esas estupideces ignorantes. No quiero que la encadenes de ese modo.

Pero los guardianes dicen...

¡Los guardianes dicen, los guardianes dicen! El estallido de algún objeto de cristal arrojado contra la pared. Los guardianes mienten, Nantara, os mienten a todos. Mira a tu alrededor, a este mundo de mierda, a esta cámara de torturas. ¿Te parece que está bajo el gobierno de un

benévolo señor de toda la creación? ¿Te parece que hay alguien allí arriba vigilándoos a todos?

La Revelación nos enseña a vivir para hacer del mundo un lugar mejor.

¿Sí? Cuéntaselo a la Novena Tribu.

Oh. ¿Ahora me echarás también la culpa de eso? El genio nada despreciable de su madre había salido a la superficie. ¿Tú, que ayudaste a Sabal el Conquistador a caer sobre ellos, que planeaste la campaña y cabalgaste al frente de sus ejércitos con él para ver cómo lo hacía? ¿Que regresaste a casa manchado de pies a cabeza de sangre de niños?

¡No maté a ningún puto niño! No queríamos...

Lo sabías. La voz de su madre tenía un tono ácido y negro, de risa sin alegría. Archeth, con nueve o diez años, y acostumbrada a diversos grados de reproches, conocía bien la sonrisa pequeña y aterradora que rondaría por los labios de su madre, la hoguera de furia que revelaba. Oh, lo sabías. Tú, que hablas de mentiras, sabías lo que iba a hacer. Todavía sueñas con ello.

Tú no estabas allí, Nantara. No tuvimos elección. No se puede construir un imperio sin...

Niños asesinados.

La civilización no crece por sí sola, Nantara. Hay que...

Tú pretendes darme lecciones sobre ignorancia y mentiras. Mírate a ti mismo, Nam, y dime quién está mintiendo.

Y así continuaron.

De modo que, al margen de su sentido común, Archeth aprendió muy pronto a no tocar el tema de la magia, a dejarlo pasar, y más tarde aquel hábito le había resultado difícil de abandonar. Cuando Flaradnam y Grashgal empezaron a darle lecciones sobre asuntos kiriath, a su manera típicamente fragmentaria y distraída, ella llevaba ya la marca de aquellos primeros quince años. La magia todavía le parecía mágica, aunque aparentemente no lo era. Y había en su interior algo profundamente enterrado, algo tal vez humano, heredado de su madre, que deseaba simplemente aceptar la magia, dejarla donde estaba, sin tener que pasar por los incómodos detalles de la comprensión. Muchas décadas más tarde, después de que su madre hubiera muerto al concluir los años de su vida humana, Archeth todavía se sorprendía mirando la tecnología kiriath con los ojos de Nantara. En casi dos siglos, no había conseguido liberarse por completo del poder sobrenatural que emanaba.

—¿Estás triste, niña? ¿O simplemente te es difícil pasar sin drogas?

Una voz oscura y sardónica sin origen, serpenteando a través del aire soleado hasta sus oídos. Como si le estuvieran hablando las profundas piedras del propio An-Monal. Cerró los ojos.

—Manathan.

—Una apuesta segura, ¿no crees? —Como siempre, el tono del timonel sonaba casi humano; paternal y tranquilizador, a no ser por el pequeño desliz al final de cada sílaba, una especie de contención que parecía el borde de un grito reprimido. Como si la voz pudiera, en cualquier momento, pasar en mitad de una frase del sonido inteligible al rechinar del acero frotado contra la piedra de afilar—. ¿O has empezado a creer en la presencia de los ángeles y en la gracia divina de la Revelación? ¿Es que los indígenas empiezan a afectarte, hija de Flaradnam?

—Tengo mi propio nombre —espetó ella—. ¿Quieres intentar usarlo de vez en cuando?

—Archeth —dijo el timonel suavemente—. ¿Serías tan amable de reunirte conmigo en el estudio de tu padre?

La puerta estaba en la pared a su espalda, casi junto al lugar que había escogido para sentarse. Movi6 la cabeza de lado para contemplar su silueta, negra y cubierta de remaches. En lugar de ello, mir6 de nuevo al frente y estudi6 el sol naciente durante un rato. Volvi6 a morder la manzana.

—Si eso es un intento de desafiarme, hija de Flaradnam, te est1 quedando muy pobre. Tal vez deberías abandonar la abstinencia como estrategia por el momento. No parece hacerte demasiado bien. Y todavía eres lo bastante joven como para resistir el daño.

Ella continu6 masticando la manzana.

—¿Qué quieres, Manathan? Se est1 haciendo tarde.

—¿Y tu séquito en el río no te esperará? Me parece muy improbable, dama kir-Archeth.

El título resumaba ironía, al menos en apariencia; con un timonel, nunca se sabía. Pero el resto de la frase de Manathan era incuestionablemente la exageración del día. No es que fuera improbable; la fragata imperial *Espada de la Justicia Divina* aguardaría hasta que la dama kir-Archeth del clan Indamaninarmal decidiera regresar del encuentro con su pasado en An-Monal, fuera cual fuera la hora del día o la noche. El capitán del barco y el comandante al mando de las tropas de infantería de a bordo habían recibido órdenes del propio emperador de proteger la vida de Archeth como si fuera la suya, y aunque el sagrado guardián asignado al barco no estuviera en teoría sometido a la autoridad secular, aquél era joven y novato en su puesto, y era evidente que la presencia de Archeth lo intimidaba. Lo que no era poco común. Podía haber transcurrido mucho tiempo desde la partida de los kiriath, pero su estatus y su leyenda continuaban rodeando a Archeth como el perfume de una cortesana. Tendría derecho al rango que su condición le otorgaba durante muchas generaciones futuras de humanos.

De vez en cuando se preguntaba cómo serían las cosas cuando

aquellas generaciones hubieran terminado al fin, cuando todos los que realmente recordaban a los kiriath y su partida estuvieran en sus tumbas, y ya sólo los tomos de la biblioteca imperial mencionaran a su gente.

Se preguntó si seguiría cuerda para entonces.

La sombra del árbol de hierro se alargó, y finalmente le tocó la punta de una de las botas.

—Hija de Flaradnam —dijo con vehemencia Manathan.

—Sí, sí. —Se apoyó en la pared y se puso en pie. Arrojó el corazón de la manzana al otro lado del patio—. Ya te he oído.

La fragata de río había sido construida para el uso ocasional del propio emperador Akal Khimran el Grande (cuya idea original para el nombre del barco, antes de que se inmiscuyera la política, había sido *Follacocodrilos*), y el camarote principal estaba mejor acondicionado que algunas mansiones de señores locales donde Archeth se había alojado en sus viajes. Y, aunque el hijo de Akal, Jhiral, a la sazón Jhiral Khimran II, probablemente no había puesto el pie a bordo más de dos veces desde la muerte de su padre, tampoco había ordenado su desmantelamiento ni que se dedicara a un propósito diferente. El mobiliario y los arreglos, por tanto, conservaban su esplendor original. Había una biblioteca que ocupaba toda la pared del salón, una sala de mapas a un lado, y una mesa que podía sentar a doce comensales junto a la amplia ventana de popa. En los rincones de la estancia montaban guardia unos ornamentados astrolabios y telescopios, y en las paredes colgaban retratos de venerables figuras históricas del linaje imperial de los Khimran.

Que los primeros miembros de aquella dinastía hubieran sido poco más que pastores de ovejas y bandidos de las montañas había sido tácitamente ignorado por el artista de la corte, y todos llevaban una especie de diadema o corona anacrónica que les confería cierta autoridad retrospectiva. Con las lámparas del camarote encendidas, formaban un telón de fondo solemne y sombrío para la reunión que había convocado Archeth.

Igualmente serios estaban los rostros que la contemplaban en torno a la mesa. Tal vez se debía a la influencia de los retratos, o tal vez a la proximidad de An-Monal y todo lo que significaba la silueta atormentada del volcán. Senger Hald, el comandante de infantería, estaba sentado, serio y vigilante, en un lugar desde donde podía ver la puerta, con la silla algo apartada de la mesa como si ni siquiera en aquel lugar pudiera estar del todo seguro de que no les atacarían de repente. La tensión de Lal Nyanar, el capitán de la fragata, era algo menos obvia. Pero tener su barco junto a los siniestros muelles de hierro del puerto

abandonado de An-Monal le hacía sentirse claramente incómodo, y su actitud se transmitía a los demás oficiales del barco presentes. Y Hanesh Galat, el guardián sagrado designado para el barco, que tenía una idea aproximada de lo poco que lo apreciaban los oficiales seculares de la tripulación, sólo parecía nervioso e inquieto. Tampoco ayudaba el hecho de que la ciudadela avanzaba rápidamente hacia la posición doctrinal de que los timoneles kiriath eran presencias diabólicas aprisionadas en el hierro para impedirles tentar o llevar por el mal camino a los hijos de la Revelación.

Aunque yo no comparto esa posición, se había apresurado a asegurar Galat a Archeth una tarde junto a la barandilla, mientras la fragata avanzaba río arriba hacia An-Monal. La Revelación está sujeta a revisiones, por supuesto, a través de la sabiduría proporcionada por el debate erudito y la oración. Pero no veo ningún motivo para adoptar cualquier posición presentada por los maestros, simplemente porque ellos la propongan. Y, de hecho, yo valoro el papel que tuvo vuestro pueblo en el ascenso de Yhelteth hacia su sagrado destino.

Qué tolerante por vuestra parte. Archeth había prometido al emperador que sería educada. *Me aseguraré de no decir nada cuando regresemos. No me gustaría causaros problemas con vuestros superiores.*

Él se sonrojó, y la dejó en paz después de aquello.

Era lo que Archeth deseaba, pero más tarde se preguntó si había sido prudente ponerse en su contra. Dudaba de que el guardián pudiera influir en las intenciones de Nyanar y Hald si éstos decidían apoyarla; la supuesta autoridad moral suprema de un guardián era de hecho muy tenue frente al brusco pragmatismo de los oficiales imperiales de carrera. Pero sí que podría arrojar un cubo de agua fría eclesiástica sobre el entusiasmo que consiguiera generar en hombres que, en realidad, ya empezaban a mostrar serias dudas respecto al giro tomado por los acontecimientos.

—Somos una fuerza pequeña —señaló Hald—. Y no sabemos seguro a qué nos enfrentamos. ¿No tendría más sentido llevar la noticia a Yhelteth y organizar una expedición bien equipada?

Era cierto; excepto por el hecho de que, en las presentes circunstancias, Jhiral no iba a dedicar una fuerza bien equipada a nada que no implicara asegurar la frontera del norte o reprimir a los estúpidos rebeldes religiosos de Demlarashan. Y aunque al joven emperador no le gustaban nada los murmullos supersticiosos recalentados que en aquellos días salían de la ciudadela en forma de dogma, tampoco le gustaban los timoneles. Ciertamente, no confiaba en ellos más de lo que uno confiaría a su esposa al cuidado de un nómada de las estepas. Y en aquel aspecto, por una vez, representaba fielmente al pueblo que gobernaba. An-Monal seguía vacía y en ruinas por algún motivo.

De modo que no, joder, no podía acudir a Jhiral con aquello, y probablemente Hald lo sabía. Trató de dar a sus palabras un aplomo conciliador.

—No creo, comandante, que esta operación vaya a requerir mucha fuerza militar. Ciertamente, nada que vuestros hombres no puedan manejar. Manathan fue un poco vago, pero...

—Un poco vago, desde luego —rezongó Nyanar—. Un mensajero necesitado de escolta. Cito literalmente. No es gran cosa.

—Y ahí tampoco hay gran cosa. —El segundo oficial de la fragata señaló sombríamente el mapa desplegado sobre la mesa. Entre un par de pesados pisapapeles de plata, tallados en forma de dragones muertos, el grueso pergamino amarillo mostraba toda la longitud del río Y'hela en su camino desde Yhelteth y la costa, pasando junto a la enorme silueta del volcán donde estaba construida An-Monal, para dirigirse luego al interior. La tierra que lo rodeaba era en general árida y sin rasgos destacados. No había ninguna ciudad—. Si es un mensajero, ¿de dónde viene?

—De Shaktur, tal vez —dijo alguien, tratando de ayudar.

—Ya tienen representación en la corte —dijo Hald—. Y, en cualquier caso, si ese mensajero ha venido desde el Gran Lago, ¿por qué necesita de repente una escolta? Estamos muy al interior del territorio imperial. No hay incursiones de bárbaros, ni bandidos que valga la pena mencionar. Comparado con las llanuras del este, esto es un parque de recreo.

—¿Del sur, entonces?

Nyanar se encogió de hombros.

—Allí se aplica la misma historia. Cualquiera que haya venido del desierto ha tenido que pasar por un terreno más duro que éste. Si ha llegado hasta aquí, no necesita nuestra ayuda en la última etapa.

—A menos que tenga problemas —dijo inesperadamente Hanesh Galat.

Todo el mundo le miró. Él se sonrojó, al parecer tan sorprendido como los demás por haber hablado.

—Es decir —continuó, con una voz que fue adquiriendo fuerza al hablar—. Tal vez en su viaje hasta aquí, el mensajero y su grupo han sufrido privaciones que les impiden continuar sin nuestra ayuda. En cuyo caso, nuestro deber bajo la Revelación sería auxiliarles.

Archeth cerró la boca y se aclaró la garganta.

—Bueno, desde luego —dijo.

Se hizo un silencio incómodo en torno a la mesa. Era una reacción instintiva ante los asuntos doctrinales. Nadie que valorara su posición en la sociedad de Yhelteth querría ser visto poniendo en cuestión los dogmas de la Revelación, y mucho menos cuando aquellos dogmas habían sido interpretados por un guardián acreditado. Sin embargo...

—Lo que me preocupa —dijo cuidadosamente Hald— es que esto pueda ser un truco. Tal vez incluso una especie de emboscada. El timonel ha dicho que ese mensajero nos está esperando. ¿No es así, señora?

—Nos estará esperando, sí.

El comandante de infantería hizo un gesto.

—Sí. Que nos estará esperando, o que ya lo está. En cualquier caso, señora, y si descontamos la hechicería, ¿cómo es posible?

—No lo sé —tuvo que admitir Archeth—. El alto kiriath es un idioma complicado en el mejor de los casos, y los timoneles utilizan a menudo inflexiones arcanas. Tal vez simplemente no lo estoy traduciendo bien.

Sí, Archidi, y tal vez todo esto es una gran mentira. Tal vez sólo has contado a estos humanos exactamente lo que quieres que sepan, porque decirles cualquier otra cosa haría que su apoyo fuera aún más difícil de lograr. Tal vez hay detalles y preguntas que preferirías que no tocaran, entre otras cosas porque así tú podrías hacer lo mismo y concentrarte en este nuevo juguete que te ha traído el timonel.

Este nuevo juguete...

—Hija de Flaradnam. —El tono tenso de Manathan sonaba sombrío en el aire frío del estudio de su padre. Sombras en las paredes, amplios ángulos de luz mortecina que entraba por las altas ventanas mientras caía la tarde en el exterior—. Hay un mensaje para ti.

—¿Qué mensaje? —Todavía no prestaba demasiada atención, hurgándose con la lengua un trozo de piel de manzana atascado entre los dientes, mirando con aire ausente alrededor de la habitación, y preguntándose como siempre en qué lugar exacto de toda aquella arquitectura se encontraba realmente el timonel. Era algo que nunca había conseguido que Flaradnam le revelara.

—Bueno, un mensaje de cierta importancia, supongo. —Era imposible saber si había exasperación o no en la voz del timonel—. Ya que el mensajero ha recorrido todo ese camino para entregártelo en persona. Y ya que hablamos de eso, estará aquí, más o menos. Y... —le pareció captar cierta diversión sutil en la voz—... te estará esperando.

En un rincón de la habitación apareció un torbellino de luz rojiza, que se desplegó hasta convertirse en un mapa flotante de la zona. Archeth se acercó y distinguió An-Monal, el cono del volcán y la propia ciudad en la ladera oeste. La carretera que bajaba hacia el puerto, la curva del río para esquivar el volcán y continuar hacia las tierras del este. Símbolos amarillos que no comprendía refulgían por toda la zona, una especie de camino trazado en arco a través del desierto, y finalmente un signo intermitente, a unas cincuenta o sesenta millas río arriba.

—¿Aquí? —Sacudió la cabeza—. Pero aquí no hay nada.

—Bien, entonces será mejor que te des prisa en ir a buscarlo, ¿no? No queremos que pase hambre.

Archeth movió la mano a través del fuego fantasmal, incapaz de reprimir la sensación de maravilla que experimentaba siempre cuando el contacto no la quemaba. Había crecido rodeada de aquellos artefactos, pero aunque algunos aspectos del legado de su padre se habían normalizado en su mente con el paso de los años, otros representaban aún un sobresalto cada vez que se manifestaban. Se frotó la mano instintivamente.

—¿Y dices que ese mensajero viene en mi busca?

—Podríamos decir eso, sí. Por supuesto, también podríamos decir que ha venido en busca de toda la raza humana, más unos cuantos descendientes suyos que ya no encajan realmente en esa descripción. En estos tiempos de transición, es difícil saber cómo articular estas cosas. Digamos simplemente que tu ascendencia te hace la más indicada para recibir ese mensaje.

Archeth se apartó del brillante resplandor del mapa. La recorrió un escalofrío de intranquilidad.

—¿Y no puedes simplemente darme tú el mensaje?

—No, simplemente no puedo.

La sensación de intranquilidad creciente se instaló en la base de su estómago como un animal al acecho. No era frecuente oír a los timonales admitir sus limitaciones; casi siempre se mostraban huraños y seguros de su superioridad, e incluso en las ocasiones en que Archeth había creído detectar cierto límite en las palabras o acciones que no parecían dispuestos a atravesar, el bloqueo estaba normalmente rodeado de excusas y evasiones de uno u otro tipo.

—¿No puedes o no quieres?

—Por lo que a ti respecta, hija de Flaradnam, no veo que haya ninguna diferencia práctica entre ambas cosas.

—¿No? ¿Y la diferencia que representará si no voy al encuentro de ese mensajero porque no creo que estés siendo sincero conmigo?

—Bueno, es tu mensaje. —Fue como si las grandes rocas del propio An-Monal se encogieran de hombros—. Haz lo que quieras.

Se hizo un silencio que dominó la habitación como las telarañas sombrías de los rincones. El mapa ardía en la penumbra.

—Mira —dijo ella finalmente—. Hay mucho desierto ahí fuera. Podríamos pasarnos días buscando una zona de ese tamaño.

—Habrá una señal —dijo el timonel brevemente—. Busca tu guía en el este.

Y aquélla, por mucho que sonara como una parodia levemente burlesca de un texto de la Revelación, fue la última palabra de Manathan

sobre el tema. Los intentos de conseguir aclaraciones fueron rechazados con la advertencia de *no pierdas el tiempo, hija de Flaradnam*. Archeth, que había visto al timonel actuar así otras veces, renunció y se dirigió bruscamente al patio para ensillar su caballo. Había unas cuantas horas de camino hasta el puerto, y quería llegar allí antes de que oscureciera por completo.

Pero en el camino, bamboleándose fatigada en la silla, reparó en la sensación de su estómago que había confundido con intranquilidad, y comprendió que no era nada parecido. De hecho, se dio cuenta de que había aumentado, para convertirse en un breve rumor de excitación a través del tejido de sus venas, y en una impaciencia que empezó a crecer en su pecho hasta casi sofocarla.

Chasqueó la lengua y puso el caballo al trote.

—Error de traducción o no —dijo Nyanar—, aún estamos esperando la señal que nos prometió el timonel, y no ha llegado. Sólo eso debería bastar para detenernos.

—Ya estamos detenidos. —Archeth señaló a través de la ventana en dirección al muelle de hierro, hacia el resplandor de las hogueras encendidas en el puerto. La impaciencia hervía en su interior; era el momento de tomar una decisión—. Nadie ha dicho que levantemos el campamento y zarpeamos río arriba ahora mismo. Mañana por la mañana será suficiente, y eso nos da tiempo para hacer planes sensatos.

—Si...

—Cartas de navegación, por ejemplo. —Archeth interrumpió hábilmente las continuas objeciones de Nyanar antes de que pudieran aumentar—. Si os entiendo bien, capitán, os preocupa nuestra capacidad de navegar río arriba con seguridad en esta época del año. Pero supongo que tenemos cartas de verano para esa eventualidad.

El capitán se irritó visiblemente.

—No me preocupa la navegación, señora, sino...

—Excelente. Entonces tenemos que concentrarnos en los puntos de desembarco disponibles a lo largo de la orilla sur en la zona que ha indicado Manathan. ¿Puedo dejar eso en vuestras hábiles manos?

Dejó que el silencio hiciera el resto. Nyanar miró en torno a la mesa en busca de un apoyo que no tenía esperanzas de conseguir, y se calló. Ni siquiera Hald iba a contradecir directamente a una dignataria de la corte que obviamente ya había tomado su decisión.

—Estoy a vuestra disposición, señora —dijo, con la cabeza levemente inclinada.

—Bien. Comandante Hald, entonces. Creo que tendremos...

Hubo un destello de luz.

Procedía del este. Tembloroso, áspero y brillante, y tan intenso que pareció a punto de hacer estallar hacia dentro la amplia ventana de popa. Inundó la habitación y ahuyentó todas las sombras con su resplandor silencioso, blanco y azulado. Les limpió los rostros de la luz vacilante y amarillenta bajo la que habían estado estudiando documentos. Les inmovilizó con su luz.

Y se desvaneció.

En el exterior, Archeth oyó los gritos de los hombres de Hald y la tripulación. Vio siluetas levantarse de un salto en torno a las hogueras, y vio que todos los detalles del muelle volvían a ensombrecerse después del resplandor. Sonaron pisadas sobre los tablones de encima. Hubo confusión y balbuceos cuando el resplandor se apagó y les dejó a todos mirándose y parpadeando en la penumbra.

—¿Qué coño...? —Hald, olvidando por un instante sus modales cortesanos y regresando a sus raíces de soldado raso a causa de la impresión.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alguien con voz temblorosa.

Archeth no respondió. Ya lo sabía; no necesitaba oírlo. De modo que fue el joven Hanes Galat, desplegando una compostura irónica y un sentido del humor que ella no le hubiera atribuido, quien se inclinó hacia delante para poner en palabras lo obvio.

—Eso —dijo, mirándola desde el otro lado de la mesa—, ha sido lo que creo que llamaríamos una señal. El mensajero de Manathan ha llegado.

Tras sus palabras retumbó el trueno.

Capítulo cinco

La cacería se prolongó hasta la noche.

Al principio, todo fue pánico y confusión, gritos y ladridos excitados de perros aún encadenados en el campamento. Golpes de cuerpos que huían entre los arbustos a su alrededor cuando los que se habían liberado trataban de escapar ascendiendo por la pendiente arbolada. Luz de hogueras cada vez más débil tras ellos entre la creciente barrera de árboles. Gerin sentía la garganta abrasada por los jadeos, y notaba los golpes y rasguños de las ramas bajas que le ensangrentaban el rostro mientras avanzaba en pos del herrero. Siguió adelante. El terror a los perros era como un látigo que le obligaba a correr.

Los había visto durante la marcha; grandes cazadores de lobos de pelaje gris, con cabezas alargadas y unas bocas que parecían sonreír de lado a los esclavos cuando paseaban sin cesar atados a sus correas. El miedo que despertaban era primigenio. En una ocasión, de niño en los pantanos, había visto a un hombre derribado por perros como aquéllos, un convicto de los pantanos que había escapado de la prisión del estuario y trataba desesperadamente de llegar a casa con la intención ciega de encontrar un refugio. Gerin tenía poco más de cuatro o cinco años entonces, y los sonidos que emitió el hombre cuando los perros le derribaron se le clavaron en la cabeza en un lugar profundo y reservado para horrores más primitivos de lo que podía explicar con palabras.

Pero el recuerdo también le activó el pensamiento consciente.

Tiró de la camisa del herrero, tratando de arrastrar su enorme masa, y recibió a cambio otro golpe de rama en la cara. Escupió las agujas de pino, se limpió la nariz ensangrentada y trató de encontrar palabras.

—¡Espera! ¡Para, para!

Jadeantes, ambos se detuvieron en el declive de un barranco rodeado de árboles jóvenes y espeso sotobosque. Se apoyaron uno en el otro, tratando de respirar. A su derecha, alguien se movía con estrépito entre los densos árboles, demasiado lejos de ellos para poder distinguirlos, y alejándose cada vez más. Los sonidos de pisadas y carreras se

desvanecieron. Les envolvió la quietud fresca y perfumada de resina de los pinos. De repente, el amasijo de guiso en el estómago de Gerin se revolvió y ascendió ardiendo hasta su garganta. Se dobló y vomitó. El herrero se limitó a observarle.

—¿Por qué coño me has hecho parar? —Pero no se movió.

—Es inútil. —Gerin seguía inclinado, con las manos en las rodillas, tosiendo y vomitando, entre hilos de mucosidad y babas plateadas a la débil luz, con la voz convertida también en un hilo—. Correr de este modo. Es inútil. Tienen perros.

—Ya oigo a los putos perros, chico. ¿Por qué crees que estamos corriendo?

Gerin sacudió la cabeza gacha, todavía respirando con dificultad.

—No, escúchame. Hemos de encontrar... —Escupió e hizo un gesto—. Agua, un río o algo. Hay que hacerles perder el rastro.

El herrero sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Ahora también eres un experto en persecuciones de perros?

—Sí. —Gerin se levantó, tembloroso—. Lo soy. Llevo casi toda la vida despistando a los guardias de Trelayne y sus perros en los pantanos. Te lo digo en serio. Hemos de encontrar agua.

El herrero resopló y murmuró algo inaudible. Pero cuando Gerin miró a su alrededor, escogió una dirección y empezó a abrirse camino de nuevo por entre el enmarañado follaje, el hombre le siguió sin hablar. Tal vez era debido a que el truco de los espumarajos y el ataque había funcionado, tal vez a una fe más general. Se decían muchas cosas sobre los moradores de los pantanos en la ciudad: la creencia de que podían oler agua en la brisa y guiar a los viajeros hasta ella era muy común. Gerin trató de dominar su miedo e intentó creer en el mito tanto como parecía hacerlo su compañero de ciudad.

Disimuladamente, hizo salir sangre de un pequeño corte en su cara, la mezcló con saliva encima del pulgar y sopló suavemente sobre la mezcla resultante. Entre dientes, murmuró la rápida plegaria a Dakovash que había aprendido en el regazo de su madre:

... Señor de la Sal, amo de las sombras y los vientos cambiantes, surgido del corazón del viento del oeste, óyeme ahora y tiéndeme tu mano torcida...

Y tal vez se debió simplemente a aquella costumbre de su niñez, a la sencilla sensación de identidad que le trajo, o al fugaz recuerdo del calor maternal, pero la maleza pareció dejarle pasar más fácilmente, y las ramas le arañaron el castigado rostro un poco menos, mientras que el suelo bajo sus pies parecía volverse firme para guiar sus pasos.

El bosque se abrió y los absorbió.

Encontraron el riachuelo una hora después, con su débil sonido de corriente y su cinta de agua que refulgía suavemente a la luz del anillo en la base de un valle poco profundo. Los sonidos de la persecución parecían haberse alejado hacia el norte, de modo que se detuvieron sobre una pequeña elevación de tierra ante el río. Hubo un momento para mirarse e intercambiar una sonrisa antes de descender a saltos por entre los árboles, respirando con más facilidad gracias a la amabilidad del terreno. Fue un poco como despertar de una pesadilla. Sus cabezas estaban menos llenas de miedo, había espacio para más pensamientos aparte de mantenerse por delante de los perros, espacio suficiente para que Gerin empezara a sentir las llagas que le habían dejado las cadenas en rodillas y muñecas. El temblor febril en las extremidades, el escozor en la garganta al respirar.

Llegaron al borde del agua, cayeron de rodillas y bebieron a grandes tragos.

—¿Sabías que esto iba a estar aquí? —le preguntó el herrero cuando finalmente levantó la cabeza para respirar—. ¿Realmente podías olerlo, tal como has dicho?

Gerin sacudió la cabeza, porque sinceramente ya no estaba seguro. Algo le había empujado, era todo lo que sabía. Se pasó las manos embarradas por la cara y el cabello empapado. Hizo una mueca al notar el escozor del agua sobre las llagas de las muñecas.

—Hemos de salir de la orilla —dijo—. Quedarnos en el centro del río y avanzar hacia arriba o hacia abajo. Los perros no podrán seguirnos.

—¿Durante cuánto tiempo? El agua está helada.

—Un rato. —Gerin ya se había metido en el río, con el agua hasta las pantorrillas—. Harán correr a los perros por las dos orillas buscando el rastro, pero tardarán tiempo en hacerlo. Y tendrán que escoger una dirección. Eso nos da una posibilidad. Y sé unos cuantos trucos más para cuando estemos más lejos. Ahora vamos.

El herrero se levantó, rezongando. Se unió a Gerin en mitad del arroyo, avanzando torpemente sobre las piedras del fondo.

—Muy bien, chico de los pantanos —dijo—. Lo has hecho muy bien hasta ahora, supongo. No me hará ningún daño ver qué más...

Se detuvo de golpe. Su expresión se disolvió en astillas de incredulidad y dolor. Emitió un sonido de desamparo, levantó una mano hacia Gerin y luego se la llevó al pecho, donde la cabeza de un virote de ballesta asomaba seis pulgadas por encima de un jubón súbitamente ensangrentado.

—¡Quietos donde estáis!

El grito les llegó desde una curva del río corriente abajo. Gerin levantó la cabeza de golpe al oírlo. La luz anular le mostró a tres capataces avanzando río arriba con el agua hasta los muslos cerca de la orilla

opuesta, con un par de perros babeantes al extremo de sus cadenas. Las siluetas de hombres y perros y las salpicaduras de agua que les rodeaban eran negras y plateadas. El hombre de la ballesta estaba algo apartado, y tenía el arma descargada y baja, apoyada en una roca plana de la orilla, mientras la preparaba torpemente para otro disparo.

De la boca del herrero brotaron burbujas de sangre. Sus ojos se clavaron en los de Gerin.

—¡Quieto, esclavo, o disparamos!

Gerin vio la sangre turbia brotando del cuerpo flotante del herrero, con los empapados pliegues de su jubón y el virote de ballesta surgiendo muy tiesos de su espalda. En la curva del río vio que el balletero aún forcejeaba con el arma. Sintió que la tensión le hacía vacilar como la cubierta de un esquife en aguas revueltas. Se volvió y huyó.

Río arriba, seis pasos vacilantes y frenéticos, y fuera del agua, sobre las rocas de la orilla, dejando marcas mojadas de manos y pies sobre la piedra resbaladiza, trepando hasta la tierra blanda del bosque, pendiente arriba hacia los árboles. Por detrás y más abajo, oyó que soltaban a los perros, y el sonido de los hombres chapoteando y maldiciendo. Se tomó tiempo para una última mirada aterrada por encima del hombro, vio la silueta despatarrada y flotante del herrero acunado en los brazos del río, los perros al borde del agua cerca de las rocas, ladrándole furiosamente, pero al parecer incapaces de trepar.

Volvió a caer en las garras de la pesadilla.

La pendiente era pronunciada; continuamente tenía que avanzar sobre manos y pies para evitar caer rodando. El aroma a resina de los pinos se le atravesó en la garganta mientras ascendía. Los capataces eran hombres grandes y corpulentos en su mayor parte; era algo lógico, dado lo que hacían para ganarse la vida. Entre los árboles, probablemente podría sacarles ventaja. Pero los perros...

Sólo era cuestión de minutos antes de que encontraran un camino para subir.

El ascenso empezó a hacerse más suave, y los árboles se abrieron. La pendiente se convirtió en una cresta ancha y rocosa, bordeada por un risco al lado del río. Un viento frío aullaba sobre las rocas, atravesándole la ropa empapada y helándole hasta los huesos. Gerin se levantó por completo y echó a correr tambaleándose a lo largo de la cima.

Había algo oscuro aguardándole en el camino.

El corazón de Gerin ya le estaba martilleando en el pecho, pero pareció helarse cuando vio la silueta negra de delante. Por un instante le pareció que estaba contemplando algo fabricado con restos retorcidos de corteza y ramas de árbol secas y chamuscadas. La figura era una aberración en aquel terreno liso y abierto sobre la cima iluminada

por el anillo. Se detuvo en seco involuntariamente, y sólo entonces comprendió que estaba mirando a un hombre, un guerrero alto y cubierto con una capa, con la silueta de la empuñadura de un espadón elevándose sobre su hombro izquierdo, la vaina en el costado derecho y los brazos cruzados.

¡Un capataz!

Pero no lo era, y de algún modo, en algún lugar de su aterrado cerebro, ya se había percatado de ello. Levantó la vista hacia un rostro demacrado que podía haber sido atractivo una vez, pero que a la sazón tenía la boca apretada, los ojos hundidos y una cicatriz fina y serpenteante junto a la mandíbula, como las que les hacían en la ciudad a las putas desobedientes. Sus ojos se encontraron con una mirada sin más pasión que la de un pescador vigilando una caña inmóvil.

—¿Dakovash? —susurró—. ¿Eres tú?

La figura se movió, y le dirigió una curiosa mirada de soslayo.

—No —dijo con una voz sorprendentemente gentil—. Y tampoco lo he visto por aquí. ¿Acaso esperabas a la Corte Oscura?

—Yo... —Gerin se estremeció. Un estornudo le asaltó, fuerte y repentino como la espuma al chocar contra las rocas en Punta Melchiar—. He rezado pidiendo la intercesión del Señor de la Sal.

La figura se limpió meticulosamente el jubón con una mano.

—¿Eres de los pantanos, pues?

—S... sí. Estaba...

Detrás de él, se oyó el raspar de las garras sobre la roca y el aullido vehemente de los perros al encontrar a su presa. Gerin se revolió, aturdido, vio al primero de la jauría precipitándose hacia él, todo dientes y movimiento gris y musculoso, sintió que un grito se apelotonaba en su garganta...

Junto a su hombro, oyó que el espadachín decía algo en un idioma que no conocía. Vio, con el rabillo del ojo, un brazo levantado y un breve signo trazado en el aire.

El perro gritó, y se detuvo en seco a una docena de yardas. Volvió a gruñir, pero no se acercó más. El espadachín del rostro cicatrizado dio un paso al frente, trazó otro signo y volvió a hablar. Movié un dedo y señaló el borde del barranco más próximo. El perro se irguió, se dirigió cojeando hacia el borde, miró abajo, volvió a mirar una vez a la figura embozada, y luego se arrojó al vacío. Un largo aullido les llegó flotando, el crujido de las ramas de los árboles al romperse, y luego el silencio.

Los demás perros de la jauría aullaron al unísono con su líder caído, pero no avanzaron. Se removieron adelante y atrás sobre los vientres al borde de los árboles, hasta que el espadachín, impaciente, avanzó otros dos pasos hacia ellos, volvió a hablar y a trazar signos, y entonces retrocedieron gimoteando hasta el refugio del bosque y huyeron.

—Ahora —dijo el recién llegado con su amable voz—, tal vez querrás decirme tu nombre, chico.

—Gerin —consiguió articular Gerin, aún tiritando—. Me llaman Dedos Hábiles, porque de niño podía...

La figura se removió e hizo un gesto de impaciencia.

—Sí, estoy seguro de que es una historia fascinante. Puedes contármela toda más tarde. ¿Eres de la caravana de esclavos?

—Sí. Escapamos. Pero están justo detrás de m...

—No te preocupes por eso. Tu suerte acaba de cambiar, Gerin Dedos Hábiles. Soy...

El dolor llegó y le propinó un golpe colosal en el costado. Gerin parpadeó. Por un momento, creyó que el espadachín le había acuchillado. Se tambaleó y se sentó torpemente sobre el risco, con las piernas colgando como un niño. Miró hacia abajo y vio el virote que asomaba bajo sus costillas y la sangre brotando a su alrededor. Levantó la vista hacia su nuevo compañero, y le miró a los ojos con una mezcla de extrañeza, miedo y algo ridículamente parecido a la vergüenza. Se sentía lento y estúpido. Sonrió, vacilante.

—Mierda, me han...

Y en aquel momento, en unos ojos que habían parecido muertos como piedras, Gerin vio que algo se encendía. La figura emitió un sonido tenso, áspero y sollozante, con una mano pálida ya levantada y tirando de la empuñadura de su espada. La hoja salió por completo (Gerin pensó aturdido que la vaina debía tener algún truco, estar totalmente abierta por un lado), y resplandeció a la luz del anillo.

Dos de los capataces habían conseguido llegar a la cima. El de la ballesta estaba ya preparando su próximo disparo; el otro sostenía la espada con ambas manos, cubriendo a su compañero, respirando pesadamente pero listo para actuar.

—Un esclavo fugitivo —dijo, jadeante—. No tenéis por qué involucraros en esto, señor.

—Pero ya estoy involucrado —dijo el nuevo compañero de Gerin, con una voz temblorosa y terrible—. Soy de las ciudades libres, y este chico también. Y esto no me parece libertad.

El hombre de la ballesta terminó el ajuste, colocó un nuevo virote en el canal y levantó el arma con evidente alivio.

—No discutiré de política con vos, señor —dijo el otro capataz, ya más tranquilo—. Yo no dicto las leyes, sólo estoy haciendo mi trabajo. Ahora, si no queréis recibir lo mismo que este esclavo, dejadnos cortar el cuero cabelludo y marcharnos. Sed un buen ciudadano y apartaos.

—Pero no tenéis armas para obligarme.

Fue como un trueno resonando en el espacio que les separaba.

Gerin, observando los acontecimientos, vio que el ballestero soltaba el arma como si quemara y se miraba las manos abiertas y vacías con incredulidad. El otro capataz levantó la espada con los dedos inertes, y el peso del arma la hizo caer rebotando sobre el suelo pedregoso.

La figura embozada les alcanzó en menos tiempo del que tardó Gerin en volver a emitir un suspiro agónico. Fue como si el espacio en torno al recién llegado se doblara como un dibujo sobre una página, permitiéndole cruzar los límites. El acero azulado abrió el vientre del ballestero y se irguió para atravesar la garganta del otro hombre. Dos chorros de sangre bajo la luz del anillo, y los dos hombres cayeron, gritando y ahogándose, convertidos en ruinas.

Hubo un movimiento entre las sombras bajo los árboles. El tercer capataz llegó tambaleándose a la cima de la pendiente, con la espada corta en la mano. Su voz sonó áspera por el esfuerzo, y furiosa.

—¿Qué les habéis hecho a mis perros? Están completamente...

Detuvo en seco sus pasos y sus palabras al ver los cadáveres de sus compañeros y lo que estaba junto a ellos. Su voz se elevó una octava y sonó muy aguda.

—¿Quién coño eres...?

—Llegas justo a tiempo —jadeó la figura, y el acero azul centelleó. El tercer capataz tuvo tiempo de parpadear ante el destello de luz metálica en su rostro, y luego su visión se dobló, cayó y giró, pinos, nubes y parches de luz anular pasando a toda prisa (tuvo un solo instante para pensar que le habían empujado por encima del borde del risco) y entonces, un golpe doloroso, la visión que empezaba a oscurecerse inexplicablemente, el sabor de tierra en la boca abierta, y sus ojos se posaron en la visión final de algo que pudo o no tener tiempo de reconocer como su propio cadáver decapitado rezumando sangre...

El espadachín vio caer el cadáver y se volvió de nuevo hacia Gerin, que continuaba sentado en el suelo, con la cabeza inclinada hacia adelante. La figura embozada se agachó frente al muchacho, tocó suavemente la herida en torno al virote e hizo una mueca. Soltó la espada y levantó la barbilla caída del chico. Gerin le miró inexpresivo por un instante; luego una sonrisa infantil rozó las comisuras de su boca ensangrentada.

—Ya no me duele —murmuró—. ¿Hemos escapado?

La figura se aclaró la garganta.

—En cierto modo, sí. Has escapado.

—Eso es bueno, pues.

Se miraron el uno al otro unos instantes más. La sangre caía de un lado de la boca sonriente de Gerin. La figura lo vio y le soltó la barbilla, para apoyarle una mano contra la mejilla herida y embarrada.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, muchacho?

—En el pantano —dijo el chico con voz casi inaudible—. Sal en el viento...

—¿Sí?

—Mi madre dice...

—Sí... ¿Gerin, verdad? ¿Qué dice tu madre, Gerin?

—... dice que no... no hay que acercarse mucho a...

El espadachín apoyó una rodilla en tierra. Aguardó. Al cabo de un momento, las lágrimas empezaron a brotar de los ojos del muchacho para caer en su regazo.

—Que les jodan —sollozó—. Que les jodan a todos.

No volvió a levantar la cabeza.

Ringil Eskiath mantuvo la mano apoyada sobre la mejilla de Gerin hasta estar seguro de que había muerto. Entonces recogió la espada y se levantó en silencio. Contempló unos instantes el pequeño cadáver, y luego se alejó cruzando la cima del risco, en dirección a las distantes hogueras del campamento de la caravana de esclavos.

—Eso creo que puedo hacerlo por ti —dijo pensativo.